

CLAUDIA REINA

**ESTO NO ES UNA PIPA**

*Esto no es una pipa*

Claudia Reina

Edición digital 2016

**Gobierno del Estado de Sonora**

**Instituto Sonorense de Cultura**

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.

Para todos aquellos que piensan, como yo,  
que su mente es una maravilla de la ciencia moderna.

Toda escritura es una marranada.  
Las personas que salen de la nada  
intentando precisar  
cualquier cosa que pasa por su cabeza,  
son unos cerdos.  
Todos los escritores son  
unos cerdos.  
Especialmente  
los de ahora.

**Antonin Artaud.**

## 1

En la guerra, algunos soldados, antes que permitir ser tomados como prisioneros prefieren acabar con su vida ellos mismos. Pienso en esto todo el tiempo.

## 2

Ha sido así desde que estaba chica. Me da miedo verme en los espejos. Nunca se lo dije a nadie porque es el tipo de secreto que no se comparte, o mejor dicho que yo no comparto.

Hace mucho tiempo que tengo pesadillas, las peores están llenas de espejos. Como cuando en un sueño me acerco a uno, me veo fijamente, y yo sé que no debo detener en él la mirada porque algo terrible sucederá, pero aun así me quedo frente al espejo, esperando a que suceda, con el corazón desbocado, y de pronto ahí está. Un estremecimiento eléctrico me recorre la médula y luego me observo sentada en medio de la cama, sin poder gritar, con una imagen terrorífica repitiéndose sin parar en mi cerebro. Me lo merezco, pero ha tenido que ser así. No puedo evitarlo. Es necesario mirar.

Con el tiempo, cuando crecí un poco más, pensé en lo disparatada que era la idea de que los espejos me asustaran tanto. Seguramente escuché o vi algo que me impresionó. Un tonto recuerdo infantil que hizo que las cosas se vieran peores de lo que eran: como fantasmas que son sólo sábanas movidas por el viento.

Creo que fue a partir de ese momento que empecé a tratar de comprenderme y buscaba explicaciones para mis comportamientos como si yo fuera una persona ajena a mí. Hay otra, pensaba, porque existe una parte de mí que me es inaccesible; por eso a veces no sé por qué hago algo, por qué me gusta tal cosa, por qué siento miedo. Tengo que llegar a esa otra y averiguar quién es para saber quién soy yo. Suena absurdo, pero hay ideas a las que uno se encuentra atado, y yo he vivido así toda mi vida.

## 3

Podría decir ahora mismo de qué se trata todo esto y dejar de lado la enumeración de mis miedos, de mis pesadillas, pero es imposible. Antes debo intentar redimirme. Necesito explicar por qué las cosas tienen que ser así. Necesito enumerar las razones exactas por las que me voy a matar. Hasta ahora la muerte es un instinto. No puedo hacerlo porque toda mi sangre me lo pida. Necesito que mi cerebro lo entienda. Tal vez ya lo hace, tal vez la parte que lo comprende es ésa a la que no consigo llegar todavía.

Uno no debe morir como un animal. Yo no quiero. Necesito redimirme, pero sólo ante mí misma.

## 4

Algunos dicen que para encontrar explicaciones hay que volver a la infancia. No sé si sea cierto, pero es por eso que he empezado a hacer un recorrido desordenado por los primeros años de vida. Mi memoria me trae de vuelta a una niña pequeña para deshilar sus recuerdos. Veo a la niña que fui y no puedo sentirla parte de mí, pero sé que ella tal vez sepa dónde están las piezas que me faltan.

Mi infancia no tuvo nada de especial. Fue muy parecida a la de todos. Una casa de color amarillo, unos padres amorosos, un perro corriendo por el jardín. La normalidad que hace tanto bien a un espíritu (qué palabra) como el mío.

Había, sin embargo, algo como una hormiga o un gusano caminándome por el esqueleto, pero antes no lo sabía, sólo hasta este momento en que recuerdo situaciones y me contemplo como espectadora. En la infancia aquello era una simple cosquilla inofensiva.

Es hora de recostar en la mesa de metal frío a la niña que fui y abrir su cabeza para extraer de una vez por todas, pero no a tiempo, la piedra de la locura.

## 5

Creo saber dónde está el meollo del asunto. Antes era demasiado pequeña para comprenderlo y ahora quizá no esté a tiempo para descifrarlo.

Me encuentro sentada en el piso viendo una película en blanco y negro. Me quedo dormida sin darme cuenta. Cuando despierto del sueño grito y mi madre me pregunta qué soñaba. Digo no sé. Pienso para mí misma: un triángulo, un rectángulo, un círculo absorbiéndome. Un triángulo naciendo en mi ombligo y propagándose por mi cuerpo como una onda de agua. Un rectángulo vibrando en mi sexo hasta que explota. Un círculo que se extiende sobre mí para atraparlo. No sé. El abstracto materializado posándose en mi cuerpo como un animal extraño.

La segunda vez que soñé esto tenía alrededor de veinte años. Alguien dormía a mi lado. Me desperté desesperada. Él también se despertó y preguntó qué pasa. Contesté que en mi vientre había un cuadrado que pesaba como un elefante. Se rio y dijo qué sueño tan tonto. Le pedí que se fuera, que agarrara sus cosas y no volviera a buscarme. Loca, dijo al estrellar la puerta, o eso creo que dijo, apenas se disolvía de mi vientre el elefante geométrico.

## 6

Después de quince años sigo preguntándome qué fue lo que pasó en realidad aquel día que pensé que una pareja quería secuestrarme. Yo estaba con mis padres en un restaurante casi vacío a no ser por nosotros y una pareja que comía en una mesa del fondo. Por descuido me percaté de que me veían; primero él, luego ella, después los dos juntos, y a veces se inclinaban hacia el otro para comentar algo. No saqué conclusiones apresuradas; los observé hasta comprobar que era a mí a quien dirigían sus miradas. Aun así, traté de dar con una explicación lógica para aquello. En algún momento dejarían de mirar, cuando se les acabara la curiosidad. Y de cualquier forma mis padres

se encontraban ahí, no iban a permitir que me sucediera algo. Pero no pude continuar tranquila. Pensaba, se acercarán a la mesa y me llevarán de alguna manera ante las narices de mis padres. Le dije a mi madre que quería hablarle y salimos del restaurante. En cuanto estuvimos afuera me puse a llorar y le conté lo de la pareja (sin mencionar que creía que iban a secuestrarme). No sé bien qué pensaría ella de mí; trató de calmarme y dijo que no era nada, que había que volver. Y volvimos. La pareja ya no estaba, pero nunca se me olvidó que mi madre no me tomó en serio, aunque aquello haya sido una mala interpretación mía de los hechos.

Me parece que este es el momento en que la realidad empieza lentamente a fracturarse.

## 7

Creo que hay tres sueños fundamentales en mi vida con los que una vez descifrados podría llegar a mí. Uno es el sueño de las figuras geométricas, en otro aparece el mar y en el otro puertas. Todos varían pero la esencia es la misma. En el sueño del mar, de pronto las olas empiezan a crecer y a volverse amenazadoras. Tengo que huir pero no hay a dónde. Todo se resume en eso: la imposibilidad de escapar de la amenaza pero seguir luchando por la supervivencia. Sobra decir que es un sueño espantoso. El de las puertas es igual de terrible. Corro a través de muchas puertas que no llevan a ningún lado. Poco a poco me adentro en un laberinto del que sé que no voy a poder salir; aún así no dejo de correr porque me horroriza quedarme atrapada para siempre en él. A veces una puerta no se abre y trato con otras que tampoco van a abrirse. A veces es una sola puerta y detrás de ella hay alguien que quiere derribarla. Todo es oscuro y terrible y no hay escapatoria.

Ya no hay manera de observar con tranquilidad el mar. Detrás de una puerta no está la salvación o un rostro querido. Quisiera que los recuerdos retrocedieran y volvieran a ser puros o inocentes. Hasta ahora la realidad se ha portado pacífica conmigo, pero noto que algo dentro de mí empieza a invadirla y a mancharla. Ya no es, como antes, la isla segura. Me observo en un espejo un momento y alcanzo a ver una sombra que se mueve a toda velocidad detrás de mí. Por la noche, a veces, escucho una voz que me despierta pronunciando mi nombre. Yo sé que todo esto es producto de un desajuste de mi imaginación, pero ver la cosas con lógica no me ayuda a repararlas.

Dentro de la cabeza se desatan las fantasías y las ideas más descabelladas, pero: ¿qué pasa cuando todo eso salta a la realidad y ya no es posible resguardarse de ello?, ¿qué pasa cuando lo que uno imagina anda por el mundo real?, ¿qué se hace cuando la mente se desborda?

Sólo tengo tres palabras que decir: No estoy loca.

## 8

Cuando estaba chica tenía un amigo imaginario. O amiga imaginaria. Un día podía ser niño y otro día niña. Me gustaba llamarlo (o llamarla) Lilú. No le gustaba ese nombre pero lo llegó a aceptar; creo que entendió que entre un humano y un ser imaginario, éste último termina en desventaja. Al principio me decía, no quiero que me llames con un solo nombre, un día dime Caín, otro día Hitler, otro día Luzbel. En ese entonces no sabía quiénes eran todos ellos y cuando lo supe entendí por qué los escogió: a él le divertía hacerse el malo. A veces me metía el pie y se sentaba a mi lado

para verme sangrar. Una tarde llegó muy contento y dijo que me tenía un regalo. Cierra los ojos y abre las manos. Lo hice y dejó un puño de hormigas rojas en mis palmas. Grité hasta que se me cerró la garganta. Mamá me regañó mucho por andar jugando con hormigas y me castigó por una semana.

Cuando Lilú era niña jugábamos a tomar el té y a vestir a las muñecas. Pero ella también podía ser cruel. Les arrancaba el cabello o les sacaba los ojos; a mí nunca me hizo nada, pero era como si me hiciera. Si se traía algo entre manos se le notaba en la mirada un brillo morboso, y cuando hacía una travesura, como sacarle los ojos a las muñecas, me veía fijamente, esperando mi mueca de dolor, mi grito. Entonces se ponía a reír o a aplaudir su maldad, y a mí me hubiera gustado reprenderla, obligarla a pedirme perdón, pero luego pensaba que los seres imaginarios son de otra naturaleza a la humana y no había manera de cambiarlos. Sólo me quedaba decirle algo como has sido mala, y ella reía encantada y me abrazaba.

A pesar de todo yo quería mucho a Lilú y me dolió cuando lo perdí. Fue cuando murió la abuela. Mamá me puso un vestido negro y un sombrero. Papá dijo que la muerte les llega a todos. Los dos se veían muy tristes. Camino al cementerio Lilú sólo una vez me habló y fue para preguntarme que si qué era la muerte. Creo que es dormir para siempre, dije. ¿Duele?, preguntó. No sé, respondí. Y se quedó serio, maravillado con la idea, como si le hubiera regalado un juguete nuevo.

Cuando empezaron a bajar el cajón de la abuela mucha gente lloraba. Mamá también. Lilú me soltó la mano y se asomó al agujero. Le pedí que tuviera cuidado porque se estaba inclinando demasiado. Fue justo cuando echaron la primera palada de tierra que Lilú cayó dentro del hoyo. Gritó muy fuerte y yo solté la mano de mamá para ir en su ayuda, pero ella volvió a sujetarme y dijo no te muevas de aquí. Lilú gritó mucho tiempo. Los gritos de los seres imaginarios son diferentes a los humanos, parecen salidos de puertas que se oxidan y de ramas secas que crujen con el viento. No pueden olvidarse nunca.

Lloré en silencio, presenciando la muerte de Lilú que era infinitamente más triste y desgarradora que la de la abuela, porque no consistía en depositar un cuerpo sin vida dentro de un ataúd. Por meses lo esperé deseando que hallara la manera de volver, aunque ya no fuera con su forma original, pero no volvió. Me acostumbré a pensar que se lo llevó la muerte de los seres imaginarios, una muerte que no sabía si significaba dormir para siempre.

## 9

No sé si sea acertado decir que la pérdida de la realidad es un despojamiento progresivo de la lógica y se parece a una enfermedad mortal que se va arraigando lentamente en el cuerpo.

Mis pensamientos poco a poco dejaron de tener el suficiente peso para que yo continuara con los pies en la tierra. No había modo de revertir el daño, así como no basta nada para detener una enfermedad terminal.



## 10

El mal se extendió al cuerpo. Un día ya no me reconocí en el espejo. Pensaba mientras me veía, ésta es Lucía, todos le dicen Lucía, pero viven engañados. Luego me daba cuenta del absurdo, pero quedaba la duda, la necesidad de comprobarme a mí misma que sí era Lucía, y no había manera porque no consistía en hacer una lista de mis gustos, mis defectos o mis recuerdos para saber que en todo eso podía encontrar mi esencia. Lo que me hacía ser yo tenía que ser algo ajeno a mi vida interior o exterior. Algo reflejado en mi cara. Una correspondencia metafísica entre mi rostro, mi cuerpo y mi nombre.

Andaba dentro de un cuerpo que no me pertenecía. A veces me desnudaba y durante mucho tiempo, a pesar del miedo, me veía en un espejo. Era como observar a una desconocida. No sé si pueda explicarlo bien. Yo estaba metida dentro de ese cuerpo sólo porque era la única manera de sobrevivir y andar por el mundo. Un cuerpo que era un instrumento pero nada que formara parte de mí.

Cuando salía a la calle muchas veces me pregunté si los demás notaban lo que sucedía conmigo, si era posible que supieran que traía el cuerpo puesto como un disfraz o si veían cómo me incomodaban los ojos o las piernas y por eso no podía, o creía no poder, caminar con naturalidad o ver a los ojos a la gente para que no fueran a detectar algo raro en mi mirada.

A veces me observaba la nariz, la boca, las venas transparentándose en la piel, y me daban miedo. Era tan extraño como si de pronto me diera cuenta de que en vez de dedos tenía lápices o en vez de piernas dos sombrillas. Otras veces veía por horas mi mano sin poder comprender por qué eso era una mano.

Si una mañana al despertar alguien descubre que se ha convertido por la noche en un pájaro se llenará de espanto y mirará con horror su nuevo cuerpo. Yo pasaba esos momentos con mi cuerpo aunque no fuera un pájaro. Un horror imposible de asimilar por la lógica. Un error de percepción. Un retorcimiento de la realidad, ya lo sé. Una alucinación que no desaparecía con nada.

También me daban miedo los órganos que había dentro de mí y no conocía: el corazón que podía sentir al poner una mano en el pecho. Creo que el corazón siempre fue el órgano que más me asustó porque estaba siempre anunciándose con su latido sin mostrarse nunca.

Muchas veces escuché a la gente hablar del alma y nunca entendí para qué necesitaban con tanta urgencia ser dueños de una si dentro de nosotros tenemos un hígado, riñones, pulmones, pequeños reptiles misteriosos y hambrientos, tan venerables y dignos de estupor y respeto como el alma.

## 11

Empezó a volverse habitual que sintiera que las cosas dejaron de ser reales. Parecía estar parada en un escenario. Si salía a la calle pensaba que toda la gente que me encontraba en mi camino no era de carne y hueso. Podían ser cualquier cosa, un holograma, un maniquí, pero no un cuerpo real. Ninguno de ellos poseía una vida a la que debía dirigirse después de que yo me alejaba. Y a veces, yo sé que es demasiado que lo diga, pero a veces esperaba que algo fallara, que se cayera una parte

de la escenografía, que uno de ellos olvidara sus parlamentos o se pusiera nervioso para que yo pudiera descubrir por fin el engaño. Pero sólo eso, después sabía que tendría que seguir viviendo mi vida igual que siempre.

## 12

A pesar de todo puedo asegurar que no estaba loca. Me daba cuenta de que lo que veía y pensaba era producto de un mal funcionamiento localizado en alguna parte del cerebro. Sabía que era necesario desarrollar una resistencia contra ese desorden para no sucumbir ante él. Siempre supe dónde empezaba la realidad y dónde el corto circuito.

## 13

Cuando terminó el entierro de la abuela estuve muy callada camino a casa. Mamá me preguntó que si estaba muy triste. Le contesté que sí pero no le dije que era por la muerte de Lilú. Mamá trató de consolarme y dijo que algún día volvería a ver a la abuela. ¿Dónde?, pregunté entusiasmada porque eso también quería decir que tal vez algún día volvería a encontrarme con Lilú. En el cielo, dijo, allá es a donde van las personas que han sido buenas. ¿Sólo las buenas?, pregunté apesadumbrada. Sí, dijo mamá, pero no te preocupes, la abuela era muy buena. ¿Y las malas a dónde van? Mamá volteó a ver a papá y por sus miradas entendí que era algo terrible. No pienses en eso, dijo mamá al fin.

Esa misma noche papá, quien creía que a nadie debía ocultársele nada, me habló con franqueza del alma, del cielo, del infierno, y supe que tal vez Lilú estaría ardiendo sin tregua en un fuego eterno y yo no podía ir a rescatarlo. Luego recordé que él no era un ser humano y tal vez le correspondían otras dimensiones, pero me sentí más triste porque nosotros no conocíamos los nombres para designar el mundo de los seres imaginarios, y mucho peor que el infierno era pensar que Lilú habitaba en la nada.

## 14

Está a punto de ocurrir una catástrofe y sólo yo me doy cuenta. Grito, trato de dar aviso, pero nadie me presta atención y todos siguen tranquilamente con sus actividades. No sé qué palabras escuchan de mi boca pero deben ser otras que no tienen que ver con mis advertencias de peligro.

Siento que voy a enloquecer. Grito más fuerte y es como si yo no existiera para nadie. Mi voz, mi presencia, no significan nada. No hay una sola persona que se vuelva a verme o que me escuche. Entonces lo entiendo: dejé de ser uno de ellos. Soy demasiado transparente, mi voz se deshace contra el aire. Estoy sola.

Una luz blanca atraviesa el sueño y por fin puedo abrir los ojos y emerger a la superficie de la vida.

## 15

Recuerdo un cuadro donde está una pipa y debajo de ella una frase que dice: esto no es una pipa. Parece un engaño. Lo que está pintado en la tela es una pipa; no puede ni debe ser otra cosa. Eso es lo más importante: no debe. Un objeto posee ciertas cualidades que lo hacen ser ese objeto y no otro, por lo mismo no es posible que se convierta de pronto en otra cosa. Va contra la naturaleza, contra las leyes universales y lo único que puede conservarnos cuerdos y a salvo en este mundo son esas leyes.

Es simplemente un juego, pensaba al ver el cuadro, pero también me venía a la mente mi miedo a no ver las cosas como realmente son. Me daba cuenta que para mí terminaba siendo un juego que no iba a ganar.

## 16

Una noche en que salía del cine, un hombre se acercó a mí y me confundió con alguien más. Lo grave es que no quería darse cuenta de su error y no dejaba de insistir en que yo era la persona que él decía.

¿Pero cómo puedes decirme que no eres Ana?

Es que no me llamo Ana.

Si no quieres hablarme está bien, pero no digas que no eres Ana.

No es eso, es que no soy Ana.

Te dejé de ver hace cinco años, pero sigues igual.

¿Es esto una broma?

No, ¿y tú estás bromeando?

No.

¿Cómo es posible que no te acuerdes de mí?

No me acuerdo porque no soy Ana.

Empecé a caminar pero él me siguió unos pasos. Ana...

Me volví por instinto.

¿Por qué volteaste?

En ese momento pasó un taxi, le hice una señal y me subí. El muchacho se quedó parado en la banqueta, haciendo frenéticas señales con los brazos y gritando algo que no alcancé a escuchar. Pensé, quizá tontamente, que me quería pedir disculpas por esa broma que tenía como fin conseguir mi número de teléfono. Le pedí al taxista que diera vuelta rápido. Fue demasiado tarde, lo que también equivalía a decir que una nueva confusión aparecería en mis horas de angustia para comerme los ojos.

## 17

A Lilú le gustaba jugar con mi miedo. Conocía mis pensamientos y eso le permitía utilizar nuevas formas de crueldad conmigo. A pesar de todo eso, vuelvo a repetirlo, lo amaba. Nunca conocí a

un ser tan puro como él, aunque fuera en la maldad. Su tortura favorita consistía en darme todos los argumentos necesarios para convencerme de que yo era un engaño y él real. Eres mi juguete, decía. En mi mundo, nuestros padres nos regalan marionetas como ustedes para que nos entretengamos. ¿Quieres pruebas? Toma este cuchillo, trata de cortarte un dedo, ya verás que no te dolerá. Yo lo veía con lágrimas en los ojos y él se quedaba muy serio, tratando de ocultar el regocijo que le provocaba su sadismo. Me defendía y le contestaba que yo era real y él un ser imaginario que podía desaparecer con un solo parpadeo mío. Inténtalo, me retaba, o si no córtate el dedo. Demuéstrame que tú no eres el engaño. Busqué una navaja y dije: me haré una cortada y me dolerá. No, respondió Lilú, así no sirve. Tu mente va a engañarte y sentirás dolor. Tiene que ser todo el dedo; no seas tonta. Pero tuve miedo.

Una vez se aprovechó de que me sentía más triste que de costumbre. Yo estaba sentada en el piso y él empezó a dar vueltas a mi alrededor cantando: no eres real, no eres real, no eres real. No pude más y me levanté; lo empujé y le dije gritando: soy real y te lo voy a comprobar. Me siguió a la cocina. Saqué de un cajón uno de los cuchillos más grandes que había en la casa y puse mi dedo índice encima de la mesa. Alcé el filo con fuerza. Pensé: aquí se termina todo.

El grito de mamá hizo que se me cayera el cuchillo al suelo. Nunca olvidaré la mirada complacida de Lilú ni mis ganas de matarlo.

## 18

En realidad, no puedo contar la historia de mi vida: no existe. Lo que hay son trozos aislados de historias y anécdotas a las que les quiero dar un significado. Toda mi vida he buscado significados ocultos en las cosas y me he guiado por señales que veía destellar en las personas. Si debía ir tras alguien era porque esa persona había dicho una frase que leí en un libro cualquiera. Si aceptaba una situación que no me gustaba podía ser porque una serie de casualidades me arrojaron a ella, y no podía ignorar al azar cuando se organizaba de una manera tan sospechosa. Muchas veces me decepcionaron, hasta el grado de que nunca más volví a buscarlas, personas a las que estimé mucho solamente porque hicieron una mueca que me desagradó, o dijeron algo que consideré inapropiado. Algo que no estaba dentro del guion, de haber existido uno.

Nunca pude dejar pasar lo que yo consideraba pistas, deslices del destino, errores de ejecución de la vida; pensaba que si me dejaba guiar por ellos llegaría al final de un laberinto donde habría una puerta que por fin sería una salida.

En realidad no sabía qué necesitaba encontrar. Por años me pregunté qué quería de la vida, siempre con la angustiada sospecha de que me encontraba sumergida dentro de un error irreparable. No puede ser que la vida sean los carros por las calles, los empleos de ocho horas, la misa de los domingos, los estudios, los viajes, el amor, y volvía a barajar mis ideas, mis miedos, mis pesadillas, para acabar de nuevo en la misma conclusión: todo eso no existía, no era real, había que seguir escarbando, acceder a la verdadera realidad, salir de esa esclavitud de hormiga, y hacer a un lado el trabajo, el ruido de los carros, las filas en los bancos, mandar al diablo todo. Y luego qué, me decía. Y luego nada, me contestaba.

## 19

Yo desconfiaba de todo el mundo, también de mis padres; desconfiaba sin remordimientos, como algo natural y a lo que tenía derecho. Recuerdo que a veces ponía a prueba a mi madre. Le pedía que me contara alguna historia de su infancia; unos días después le volvía a pedir que me la contara y la escuchaba ávidamente, esperando un error, una inconstancia, un mal paso.

También mentía mucho. Me inventaba nombres, profesiones, historias. Pensaba que si no estaba segura de nada, del mundo, de mí, podía revolver las cosas y nada se alteraría; o no importaba que se complicaran más si no había manera de resolverlas. Un juego idiota. Y si ahora menciono esto es por el episodio en que me confunden con otra persona. Una de mis vidas inventadas que se me estrelló en la cara.

## 20

A veces iba al teatro, sólo por la curiosidad de ver cómo se contaba una historia arriba de un escenario. El teatro no me interesaba en lo más mínimo; quiero decir, los autores, las actuaciones, los buenos o malos parlamentos.

Una tarde que fui se presentaba una obra de Ionesco. Había poco público. La obra empezó con quince o veinte minutos de retraso. Un actor, el peor de todos, olvidó por un momento su parte; sin saber improvisar permaneció irnos segundos en silencio y yo me reí.

Aquello de ver representar una obra me dejaba triste. Los actores asumiendo su papel, diciendo palabras que nunca pronunciarían en su verdadera vida, metidos en situaciones que quizá nunca vivirían y principalmente siendo quienes no eran. Asistía a la escenificación de mis miedos. Sin embargo yo estaba ahí, presenciando la farsa como compensación de la otra que no podía probar. Creo que Lilú me acostumbró a la tortura, es la única manera en que me explico por qué siempre me sometía voluntariamente a situaciones sádicas.

Al salir del teatro me detuvo un hombre. Quiero preguntarle algo, dijo. Lo reconocí. Me pidió que fuéramos a una cafetería que se encontraba cruzando la calle. Cuando estuvimos sentados volvió a repetir: quiero preguntarle algo. Quería saber por qué me había reído en el teatro.

Perdone, no me reía de usted.

¿Se reía de mi personaje?

No, tampoco.

¿Se rio de la idiotez de olvidarme de mis líneas?

No. No se preocupe, no fue por eso.

¿Puede decirme de qué se rio?

Me acordé de algo.

¿De qué se acordó?

Es algo privado.

¿No podría hacer una excepción?

Lo siento, es algo delicado.

Pero se rio frente a todos.

Sí, pero fue involuntario.

Cuando alguien se ríe en voz alta es que, aunque diga que no, quiere contar la razón de su risa.

No, yo no quiero. Me olvidé de que había gente a mi alrededor.

¿Tan buena era la obra?

No, era horrible.

¿Horrible?

Disculpe... Sí, horrible.

¿No le gusta Ionesco?

No. No me gusta.

¿Quién le gusta?

Nadie. Todos cuentan falsedades.

Pero si de eso se trata...

Sí, por eso mismo la literatura es una abominación. ¿Entonces por qué estaba en el teatro?

No me gusta la gente que hace tantas preguntas. Me levanté y él hizo lo mismo; extendió un brazo y dijo su nombre, pero desde que habló yo le puse Oliverio. Yo también dije mi nombre. Me preguntó si le permitía acompañarme y contesté que sí: era un actor, no podía desaprovechar esa oportunidad que el azar dejaba frente a mí.

## 21

A Oliverio le apasionaban los libros, ya me lo había dicho pero lo comprobé con mis propios ojos el día en que me invitó a su casa. Dijo que sería capaz de dar la vida por sus libros. Dijo que los leyó todos. Yo nunca se lo perdoné.

Tenía libros por todos lados. Pilas de libros en la sala. Libros encima de la mesa. Libreros a punto de reventar. Me los mostró orgulloso. Dije, con un gesto de asco, que era como si viviera con muchos gatos dentro de la casa. Se rio. A veces Oliverio pensaba que yo decía las cosas en broma y no sinceramente, como sucedía siempre.

La primera vez que estuve en su casa escogió cuidadosamente un libro y dijo, voy a leerte uno de mis fragmentos favoritos. Nos sentamos en la sala y leyó cerca de media hora. Creo que el texto hablaba del mar. Al terminar me miró profundamente y quiso que le diera mi opinión. Le dije que era una pérdida de tiempo escribir algo así, que me compadecía de todos aquellos que consumían su vida escribiendo, o leyendo, que eran unos pobres diablos. Cerró el libro y me vio con tristeza. Lo vi esperando un reproche, un insulto, lo que fuera, pero no dijo nada. Se fue a la cocina y unos minutos después regresó con dos cafés.

Oliverio era un hombre curioso, no por nada tenía tantos libros y coleccionaba tantos conocimientos inútiles. Desde el principio dijo que yo le parecía interesante y que quería conocerme. Yo, como ya lo he dicho antes, por lo general le miento a la gente, pero no a Oliverio y no porque me despertara una simpatía especial sino porque pensaba que con una persona así no era necesario esconderme; era un hombre culto, sabría apreciar mi sinceridad. Aunque no, si lo reflexiono detenidamente es porque antes me miró con tristeza y no con odio.

Lo que me gustaba de él es que era transparente como un lago. No había manera de que ocultara algo. Desde ese primer día en su casa dijo que se cagaba en algunos clásicos y que alguna vez pensó en ser pianista. Habló también un poco de su infancia, algo que me he dado cuenta que hace la gente como una ofrenda de confianza. Cuando volvió con el segundo café le dije:

Me reí porque recordé que quería que alguna vez alguien se equivocara en sus parlamentos.

Se me quedó viendo asombrado, sin comprender. Alguna vez pensé que en el mundo todos fingían representar un papel y yo quería atrapar a alguien en el momento en que se olvidara de sus líneas.

Se rio y me alcanzó la taza de café.

¿De verdad era por eso?

Sí.

¿Sabes tú que hay filósofos y escritores que han tratado el problema?

No me interesa.

Uno de ellos decía que...

¿Te pedí que me contaras?

No, pero tal vez quieras escuchar esto, es muy bueno.

No, no quiero.

¿Por qué crees que el mundo es una obra de teatro?

No me gusta la gente que hace muchas preguntas.

Sí, ya lo habías dicho.

Fue de nuevo hacia un librero y dijo, quiero leerte otra cosa. Sólo esto, dijo, antes de que volviera a decir que no me interesaba. Me recosté en el sillón y lo escuché, esta vez atentamente, sin muecas. Creo que le conmovía bastante ese escritor porque a veces le temblaba un poco la voz o se detenía unos segundos para que la frase produjera su efecto. Cerré los ojos. Unos minutos después dejó de leer. Sabía que esperaba una reacción. Basura, dije.

## 22

Oliverio era, sin embargo, persistente. Creía que la lectura enriquecía la vida. Yo le pedía de buena manera que dejara de molestarme, pero creo que para él convertir a alguien en lector era como sacar a un alma del purgatorio.

Yo ya lo veía venir, sabía que se acercaba el momento en que me iba a regalar un libro. Estábamos en una cafetería y dijo, quiero regalarte algo. Sonreía. Adivina qué es, dijo. Lo supe por su sonrisa, una manera particular de iluminársele el rostro cuando se trataba de libros. Un maldito libro, respondí. Sí, contestó desilusionado, y lo puso frente a mí. Leí el título. Dios mío, poesía, dije. Sí, volvió a decir muy serio. Lo abrí y leí un verso; me reí. Los poetas son de los peores bichos que existen, dije. Entonces estalló: estoy cansado de que te burles de lo que me apasiona, hartos de que seas una ignorante, una engreída que se cree mejor que todos, un imbécil que critica lo que no conoce ni llegará a conocer porque es demasiado idiota para interesarse en ello. Se detuvo al ver que abría el libro, arrancaba una página y la mojaba en mi café. Me lo

arrebató de las manos. Su rostro estaba rojo. Antes de irse dijo, pero lo peor de todo es que eres una hija de puta. Al rato se acercó el mesero y me miró con lástima.

## 23

Lo cierto es que hubo una época en mi vida en que leí mucho; hasta la recuerdo como una buena época, pero con el tiempo noté que los libros me afectaban. Primero, porque me gustaba más lo que había dentro de ellos que en el mundo. Luego, cuando cerraba un libro y me metía de nuevo a la realidad, la percibía desabrida; además, parecían más reales los seres dentro de los libros que aquellos que veía vivir con mis propios ojos.

Los libros hacían que me despegara del mundo real. Me convertían en un fantasma. Ya no era yo pero tampoco era alguien más. Era uno de esos personajes de tinta y papel; es decir, nada.

## 24

Me encuentro en una sala de operaciones, acostada en una camilla. Veo mi vientre y me doy cuenta de que estoy embarazada. Una doctora entra en la sala y dice que va a revisarme. Abre mis piernas. Dice, necesito un instrumento. Se dirige a un armario y saca algo. Veo en sus manos una vara alargada. Mira entre mis piernas. Dice, todo está muy bien. Empieza a introducir la vara en mi vagina. Termina y dice, no ha sido suficiente. Va de nuevo al armario y saca una vara más grande. Vuelve a ejecutar el mismo procedimiento. Algo se revienta dentro de mí y un río de sangre fluye entre mis piernas. La doctora se acerca a mí. Tiene las manos ensangrentadas. Me sonrío. Toca mi frente. Todo salió perfecto, dice, ahora sí estás destrozada.

Despierto.

## 25

Papá y mamá siempre dijeron que había que creer en Dios. A mí me parecía natural hacerlo. Me gustaba creer en él. Me gustaba rezarle. Decía muchas tonterías en mis oraciones pero me gustaba la idea de hablarle a un ser inmaterial y todopoderoso. Me hacía ilusiones de que a veces estaba ahí, en mi cuarto, detrás de mí, espiándome, y aquello se convertía en una alegría morbosa.

Entonces crecí y la idea de la existencia de Dios se volvió aterradora: un ser omnipotente presenciando todos los actos de mi vida. Tenía que cuidar mis pensamientos, mis acciones, andar de puntitas por el mundo. Aquello de pronto me pareció demasiado. Pensé, si a este Dios se le ha ocurrido querer ver todo entonces deberá soportarlo. A partir de ese momento no me cuidé de sus millones de ojos. Me gustaba que mirara. Me gustaba ser vista por Dios. Pensaba que tal vez a él también le gustaba ver.



## 26

Y o me llamo Lucía. Ahí es donde inicia para mí todo el misterio. Me llamo Lucía, aunque el nombre no importa, podría llamarme de cualquier otra manera. Pero me llamo Lucía y mi cuerpo no responde. No puedo lograr que mi cuerpo me reconozca por mi nombre o sentir la familiaridad que dan las palabras a los objetos. Me veo en el espejo, digo Lucía y es como si dijera mariposa o mesa.

Esto no ocurre sólo conmigo, también puede ser que a veces vea un sillón y sienta de pronto un miedo indescriptible por ese objeto. Antes me calmaba pronunciar su nombre. Empezaba el miedo y decía: sillón. Entonces podía, por ejemplo, pacificar la extrañeza de sus patas de madera. Pronunciar sillón era devolverlo al orden. A que fuera natural su forma y hasta su presencia. A que no fuera más que un sillón, un pedazo de madera inanimado.

Y también podía decir Lucía y volvía a ser yo, y me reconocía en mi cabello negro y mis dedos largos. Podía dar un suspiro de alivio. Pero eso era antes.

Las palabras no me dicen nada. Las utilizo como instrumentos defectuosos. Ya sé. Ya muchos han dicho lo mismo. Ya muchos escritores han lloriqueado porque las palabras no son domesticables y plenas. La diferencia es que los escritores han hecho del tema toda una mariconada literaria y yo lo dejo en paz.

## 27

Recuerdo que de chica me aterraba la oscuridad. En cuanto abría los ojos al despertar en la noche el miedo se me abalanzaba. Me sentaba un rato en la cama, deseando que pasara pronto; trataba de sentir calma pero la calma se convertía en terror. Me levantaba cuando mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y caminaba un rato por la habitación. Es curioso, nunca encendía la luz. Esperaba que el miedo se tragara al miedo. Pero no sucedía así. Me paraba en el marco de la puerta para gritarle a mamá; sin embargo, hubiera querido no gritarle porque, como siempre, me iba a consolar un momento diciendo vuelve a dormir, y se iba a ir de nuevo. De todas formas la llamaba. A veces tardaba cerca de media hora en gritar y mientras tanto me quedaba contra la pared, tratando de resistir, hasta que decidía que debía gritar y la voz no salía, volvía a intentarlo y la voz dentro de mi garganta. Había cosas que empezaban a formarse en la oscuridad. Ruidos que despertaban. Y en ese momento el grito.

Años después, muchos años, dormía siempre con la luz encendida. Recuerdo que una noche pensé que era hora de apagar la lámpara. Demasiados años para no soportar la oscuridad. La apagué. Soñé con mi habitación a oscuras. Abría los ojos y al lado de mi cama veía de pie a una figura. Me miraba dormir. Quería que despertara.

Desperté. Otra vez estaba en mi habitación. Presente en mi cabeza el impulso eléctrico del sueño que acababa de tener. Y a sabía que iba a voltear y buscar a la figura. Y a sabía que todo se iría a la mierda en un segundo.

## 28

Caminamos por la calle. Oliverio ya no está enojado. Le llamé por teléfono y le dije que quería verlo. Preguntó por qué y contesté que porque quería. A las cinco en tal calle, dijo, y colgó.

Va un poco serio a mi lado, es de esperarse. Intuyo qué es lo que debo decir y lo digo: no me tomes en serio. Voltea a verme: sí, vuelvo a repetir, nadie debe tomarme en serio. Sonríe. Dice que algún día le haré algo realmente malo. Sí, digo, pero si eso pasa no me tomes en serio. Me agarra de la mano y caminamos en silencio por la ciudad. Me siento triste. De pronto. Así es conmigo, cualquier cosa puede ponerme triste: un árbol, el viento, el ruido de una campana. En esta ocasión es el cielo. Oliverio se da cuenta.

¿Por qué estás triste Lucía?

Dos pájaros ladran a mitad de la calle.

¿Qué?

La noche huele a estrellas quemadas.

¿Qué estás diciendo?

Los árboles tienen ojos ciegos en las hojas.

Deja de hacerte la interesante.

La ciudad te seguirá.

¿Qué tienes?

Ya no es mágico el mundo.

Lucía...

¿Cómo decir?

¿Qué?

Con palabras de este mundo.

Deja en paz la poesía.

Que un barco partió.

Pensé que odiabas a los poetas.

De mí.

¿Qué quieres? Llevándome.

## 29

Llego a este punto y pienso que en realidad no quiero decir nada. La reconstrucción de mi vida no me sirve. Sigo siendo una persona hecha de fragmentos que jamás se unen y cuyas partes no tienen una explicación. La suma de todas las historias de mi vida no es igual a mí, es otra cosa, otro nombre, otra perfecta desconocida. Soy un ser fracturado en muchas partes. No tengo centro y no empiezo ni termino en ningún lado.

Todas estas fanfarronadas sólo para decir que estoy jodida.

## 30

Tal vez esto ayude. El primer recuerdo de mi vida.

Tengo cuatro o cinco años. Mis papás me dejan por primera vez sola porque en el jardín de niños se celebrará un campamento. Recuerdo la gran fogata. Nos dan a todos los niños una vara y una salchicha para ponerla al fuego. Me reúno con los demás y pongo mi salchicha en las llamas. La saco después de un momento y la toco: está fría. Vuelvo a ponerla al fuego. La saco: fría. De nuevo al fuego. Fría otra vez. Me lleno de frustración y me alejo del grupo. Voy detrás de un salón y la arrojo con todas mis fuerzas. De cualquier forma no tengo hambre. Después nos hacen buscar un tesoro escondido en alguna parte de la escuela. Yo no encuentro nada. Veo a alguien que carga feliz un envoltorio de papel metálico: el tesoro. Quiero ir a arrancárselo de las manos para destrozarlo.

Más tarde nos llevan a los salones para dormir. Me toca estar con niños que no conozco. Mamá me dio una botella de jugo de naranja. Tomo un trago. Estoy muy triste. Me siento como un animalito abandonado en medio de lo desconocido. Las maestras nos dicen que es hora de dormir y apagan la luz. Estoy triste y cansada. Me meto debajo de una mesa, echo encima de mí una manta y me duermo.

En mi pecho germina pacientemente un sentimiento que más tarde identificaré como odio.

## 31

Cuando dejo de sentir mi cuerpo pienso, el dolor me lo devolverá. Lanzo un puño contra la pared o me hago una cortada. Es maravilloso. El golpe hace que vuelva a sentir mis huesos, mi piel; la sangre que sale de los nudillos es la manifestación de que soy real. Lástima que la sensación no pueda sostenerse mucho tiempo. Y lástima, también, que nada de esto sea una verdadera prueba. Sin embargo, tranquiliza. No, en realidad no. Finjo que me tranquiliza.

Me he acostumbrado a que el dolor sea la prueba de que existo, como cuando duele el estómago y de pronto se tiene conciencia de dónde está. Por eso estuve por un tiempo con un amante que era violento en la cama. Le gustaba mordirme con fuerza. La piel despertaba cuando encajaba sus dientes. También me azotaba un poco pero lo suyo era morder. Morder hasta hacer sangrar y desprender la piel. A veces se me saltaban las lágrimas y le pedía que parara. Luego me ponía a ver la marca de sus dientes impresa en mí y pensaba en aquello como un sello de autenticidad.

Tenía la carne amoratada pero estaba viva. Sentía cada parte de mí. Poseía mi cuerpo por unas horas. Mi única opción era el extremo; tan fácil que resultaba para otros darse un buen apretón de manos y reconocerse en un abrazo, un beso o una mirada.

## 32

Me gustaba conversar con mi padre cuando estaba chica. Yo le hacía muchas preguntas que él respondía de la manera más tranquilizadora: científicamente. Si quería saber por qué la tierra era redonda existía para ello una explicación bien estructurada. Siempre había una fórmula para

hacerle frente a la duda. Todo tiene su razón de ser, decía papá. Para todo hay una respuesta. Y era de esperarse que con el paso de los años ya no fueras capaz de darme una respuesta, papá, porque las dudas empezaron a ser de un género intangible y abstracto, y para aceptar una explicación no hacía falta creer en los números y su organización tranquilizadora.

Yo quería la paz de una fórmula. El suspiro de alivio que da una teoría comprobada. No podía creer sin ver, papá. Yo nunca tuve fe. A mí el corazón no me decía nada. Y mi alma no me servía; tú y mamá me la dieron para jugar con la idea de que yo era su dueña, pero la metí en un frasco de vidrio, así como se atrapan saltamontes y arañas, para verla un rato con asombro y después con desgana. Yo necesitaba ecuaciones, papá. Y ya no quería que me espantaras los monstruos debajo de la cama, sino unos animales más oscuros y siniestros agazapados en palabras como Dios, eternidad, ser, universo.

Una vez me leíste una historia donde a los niños se les instruía en la calma exacta de los números, pero les revelaron que existían cosas que se salían de la comprensión humana, como la raíz negativa. Recuerdo a los niños llorando de angustia, diciendo, por favor no, quítenme de enfrente esa raíz negativa, no quiero saber de ella nunca más. Se tiraban al suelo a patear, se jalaban los cabellos, por encontrarse de frente con una puerta clausurada. Y yo los entendía.

Ahora soy una raíz negativa, papá, soy la duda, estoy al otro lado de las ecuaciones y los números. Soy todo lo que odié y temí en mi infancia. La pregunta sin respuesta.

### 33

Solía creer en algunas cosas antes. Era fácil. Lo más importante: llenaban el vacío. Yo tenía una ideología para llenar el vacío que se me abría en medio del pecho a la menor provocación. Se activaba como una bomba de succión y me desmantelaba. Había que buscar refugio en lo que fuera: primero eran los libros. Abría uno y me escondía dentro. Estaba a salvo por lo menos unas horas.

Por muchos años las ideas fueron la manera de hacerle frente al torbellino instalado en medio de mi pecho. Luego ya no sirvieron. Me parece que porque el vacío se hizo más fuerte o más hondo. Más hondo probablemente.

Alguna gente está destinada al desastre.

Lo que quería decir es que lo peor viene después, cuando ya no existe manera de taparlo. Cuando acaba por volverse voraz. Nada: ni drogas, ni somníferos, ni alcohol. Uno anda con un hueco en el pecho y a veces le echa algo encima, una máscara, una historia inventada, algo que disimule la mutilación metafísica. Pero a partir de ese momento nada importa y sólo queda esperar que la desesperación haga lo suyo.

### 34

Esta obsesión siempre viva por identificar el inicio del derrumbe. El instante en que se abre la primera grieta. Y no hay manera. Escarbo en mi memoria buscando historias. Puedo enumerar

recuerdos, sueños, aunque tal vez no llegue a recordar nunca aquellos que importan. No quiero salvarme, sólo quiero saber cuándo, en qué momento, por qué.

Pero ahora estoy cansada y lo que quiero es ver a la que fui antes del derrumbe; como cuando se reconstruye el recuerdo de una persona a la que hace mucho tiempo no se ve y se tiene nostalgia por ella.

Conservo una fotografía de mi infancia. Estoy en un columpio. Observo la cámara y río. Hay otra fotografía similar, en ésta tengo la mirada perdida y una oscura preocupación reflejada. Las dos mitades presentes y fusionadas sin hacerse daño.

No sé por qué fui muy feliz, pero puedo comprobarlo en mis ojos, en la caída descuidada del cabello, en el gesto de la boca, la manera en que estoy sentada en el columpio y la forma en que mis manos se aferran a las cadenas.

No sé cómo lo hacía. Me refiero a ser feliz. Entonces no se trataba de comprender un mecanismo de la vida sino ser parte de él, y ahora ya no lo soy. ¿En qué momento dejé de ser parte de la vida? Me encuentro del otro lado, no sé qué nombre ponerle a ese lado, pero sé que no estoy donde están todos. Sin embargo, lo que me preocupa es otra cosa; si quisiera volver mi cambio podría considerarse un progreso saludable, pero no quiero. Me he quedado sin tierra debajo de mis pies.

## 35

No he contado todo acerca de Dios. También llegó el día en que ya no creí en él. Debe de pasarle a todos, supongo. Es el cauce natural del pensamiento. Todos los seres imaginarios desaparecen con la edad. No fue, por lo tanto, mi falta de fe producto de una crisis religiosa. Así como un día me contaron que santaclós no existía, debieron de haberme dicho que Dios tampoco, porque admito que darse cuenta por uno mismo puede ser duro y que vivir de un momento a otro sin un Dios asusta. Luego es cuestión de costumbre.

A veces lo recordaba con nostalgia, como esos cuentos de la infancia que se grabaron firmemente en la memoria. Y me sentía un poco más sola porque palabras como eternidad o paraíso quedaron vacías. Mi cuerpo ya no iba a tener un lugar seguro a dónde ir después de su muerte. Yo ya no podía invocar al Dios cuando me sucedía alguna desgracia. Estaba completamente sola. El cuento cálido de la infancia clausurado. El viejo personaje de Dios con barbas blancas mirándome desde todos los rincones de mi pasado y a mí ya no me interesaba.

## 36

A veces me pongo a analizarme. Ya sé, ya lo dije antes: me analizo. Me digo, Lucía: un metro sesenta y cinco. Lucía: varias cicatrices en el cuerpo. Lucía: ojos oscuros. Lucía: pesadillas todas las noches. Lucía: buscadora de respuestas absurdas. Lucía: nunca has bordado un pañuelo ni cultivado flores. Lucía: nunca un hueso roto. Lucía: en la noche no existen los minutos sino los miligramos. Lucía: te estrellas contra muros invisibles. Lucía: la paz se dosifica en botellas de líquidos amargos. Lucía: ¿y si salieras por las tardes a andar en bicicleta? Lucía: el miedo se

mantiene a raya bebiendo el contenido de vasos servidos hasta el borde. Lucía: ¿y si te dejaras de joder? Lucía: te despiertan todos los ruidos de la noche. Lucía: en serio, ¿y si te dejaras de joder de una buena vez?

### 37

Me siento en la banca de un parque. Veo pasar a la gente. Hombres con maletines, mujeres con bolsas colgando o con niños, ancianos. Mecanismos biológicos que se dirigen al trabajo, a su casa; no importa dónde. Brazos y piernas con un destino determinado. Ninguno de ellos se detiene. Si me parara enfrente de uno de ellos me atravesarían, o yo los atravesaría. A veces me dan miedo. Quisiera tocarles una mejilla con la punta de mi dedo índice para comprobar que la carne está tibia y que es suave y elástica.

Se aproxima un hombre con un bastón. Arrastra una pierna. Me quedo viendo su extremidad muerta. Se mueve lentamente. Hay algo que no me convence en todo eso. La forma de tomar el bastón, tal vez. También me molesta su caminar de caracol. Lo veo hasta que dobla una esquina. Tenía la seguridad de que pasaría algo; no sabría decir qué. Algo como una evidencia innegable, quizá.

Sigue caminando gente frente a mis ojos y ya sé que están muertos o que no existen, como yo. Apenas digo eso y sé que el estado de ilusión me ha tomado. No puedo pensar con coherencia; me pierdo. Veo cuerpos caminando frente a mí. Digo que no existen y creo, como otras veces, que estoy jugando con las ideas. Una ilusión, me digo, una falsa percepción de la realidad, pero no hay manera de convencerme.

Veo las manos de los transeúntes. Desde hace años me parecen que son el lugar donde se inicia la irrealidad, principalmente en los dedos: las estructuras alargadas y flexibles. Sólo hace falta ver con atención y uno empieza a sentir cómo se forma el misterio y la rareza en torno a una mano. Mi propia mano me ha provocado repetidas crisis existenciales.

Alguien se acerca y se sienta a mi lado. No volteo a ver quién es. Bonita tarde, dice una voz de hombre. Veo por el rabillo del ojo; su mano está apoyada en la banca, una masa hinchada con cinco prolongaciones rosadas y velludas. Siento náuseas y me levanto. Digo, antes de empezar a correr y sabiendo que desvarío: ¿de qué quiere convencerme?

### 38

¿Es el momento de aceptar que me estoy volviendo loca?

### 39

Vuelvo a empezar. No he dicho correctamente lo que tengo en la cabeza. Mi vida es una espera. No importan las ideas, los pensamientos, lo que cruce por mi mente. Es secundario. Mi vida es la espera del momento de horror y vendrá cuando ya no haya argumentos para esconderme tras ellos.

Ya siento cómo se aproxima. Ya la desesperación hormiguea por mi cuerpo. Los años anteriores han servido como contención y ahora todo se desborda.

Anoche tuve un sueño. Estoy en la sala de mi casa. La habitación se encuentra en penumbra. De pronto, dentro de mí circula un horror que ya no es posible sacarme de encima y grito. Todo el sueño es un grito. No puedo detenerme. Grito porque por fin estoy inmersa en la locura y sé que es para siempre.

## 40

Por un tiempo vi el problema como si se tratara de desactivar una bomba. Tal vez cortando el cable correcto podría detener la explosión. Entonces me puse a hacer esta lista inútil de recuerdos y sueños buscando indicios para saber qué cable cortar y detener el desastre, pero la bomba sigue haciendo tic tac tic tac y ya no puedo pensar en una solución que me saque de ésta.

## 41

Oliverio trató de ayudarme. Reconozco sus buenas intenciones. Una noche le conté todo, no sé si me creyó, me veía con unos ojos muy grandes y tal vez pensó que deliraba, pero hasta los que deliran merecen recibir ayuda. Me dio un vaso lleno de ron y me dijo que me lo tomara todo. Luego empezó a desarrollar un método para hacerle frente a la explosión. Le había contado la historia de la bomba y ahora él también buscaba desarmarla. Déjame pensar qué haremos, dijo. Admito que estaba muy conmovida y también borracha, lo cual me hacía sentir un poco más conmovida que de costumbre.

Oliverio se sentó en su sillón de lectura para pensar. Yo lo observaba mientras acababa el vaso de ron. Me preguntaba qué podía estar planeando. A veces se levantaba, iba a buscar un libro, consultaba algo y volvía a sentarse. Cerraba los ojos y seguía pensando. Me aburría. Empecé a decir tic tac tic tac tic tac. Oliverio me lanzó una mirada molesta y dijo, no fastidies. Continuamos en silencio otra media hora. El ron hizo su efecto y me dormí en el sillón.

Sentí unas manos en mis hombros que me sacudían; era Oliverio y una sonrisa enorme en su rostro. Dijo, acabo de hacer una llamada. Mañana vamos a casa de mi amigo astronauta. Él puede ayudarnos. ¿De verdad?, pregunté medio dormida. Claro, contestó, nadie conoce mejor las constelaciones que él. ¿Todas?, pregunté casi cayéndome en el sueño. Tú no te preocupes, dijo Oliverio. Después ya no pude decir nada.

## 42

No sé por qué me persiguen varios policías. Me acorralan y luego disparan. Estoy contra una pared; caigo al suelo, con la cabeza recostada en el piso. A pesar de que han disparado varias veces no estoy muerta. A veces tengo un espasmo y vuelven a disparar. Estoy deseando morir de una vez

por todas. No me duelen las heridas, pero estoy aterrada porque sé que de un momento a otro voy a dejar de respirar y me asusta el pensamiento de la muerte.

Se acerca el jefe de ellos y comprueba que sigo con vida. Pone la pistola en mi cabeza y dispara varias veces. Escucho las detonaciones. Se detiene y de nuevo se da cuenta de que sigo viva. Vuelve a poner la pistola contra mi sien. Dispara. Siento mi cabeza pesada. Un sueño duro que me va llenado de un cansancio insoportable. Por fin, me digo. Ya casi todo termina. El policía pone sus dedos en mi cuello.

Mi corazón late descontrolado: no he muerto.

## 43

Oliverio me despertó diciendo que teníamos una cita con un doctor muy bueno que le recomendaron. Pasamos primero a la mesa y tomamos café. Me miró sonriendo y dijo, vamos con un doctor, no con un astronauta. ¿Qué?, pregunté. Sí, ayer hablabas de un astronauta. No me acuerdo, dije. Es que estabas dormida y borracha, dijo Oliverio. ¿Cómo que vamos con un doctor?, pregunté. Sí, él ha tratado a pacientes con los mismos síntomas que tienes tú. ¿Y quién te dijo que iba a ir yo con un doctor? Anoche me pediste ayuda, Lucía. Pero yo no te pedí que me hicieras cita con tus amigos doctores. Oliverio encendió un cigarro, dio una bocanada larga y dijo, ¿por qué tienes que ser tan difícil? No sé, respondí. Me sentía muy cansada y no deseaba discutir. Seguí tomando el café y pensé en lo que Oliverio quería hacer conmigo, convertirme en una enferma clínica y tal vez sacarme por las mañanas a tomar baños de sol. Aunque era verdad que yo le pedí ayuda. Nunca antes le pedí ayuda a alguien. Entonces eso era una señal.

Miré el rostro apesadumbrado y molesto de Oliverio. Fue en ese momento en que vislumbré una parte de lo que posteriormente llamaría el Plan. Primero se presentó como una idea que me sobresaltó, después poco a poco fue llenándose de claridad y lógica. Lo primero que pensé es que nunca tendría las agallas para ejecutarlo, pero mientras más veía la cara de Oliverio, más me convencía de que tal vez era la única solución antes de que la bomba estallara. Escuché a Oliverio diciendo que si yo no quería no hacíamos nada, no me iba a obligar. Lo interrumpí para preguntarle a qué horas apartó la cita. Me miró para confirmar si no jugaba con él. Mencionó una hora. Iremos, dije. Puso una mano encima de la mía. Creo que estaba enamorándose de mí.

Caminamos hasta el consultorio del doctor. No quedaba lejos y además Oliverio dijo que prefería caminar porque deseaba hablarme de unas cosas. Me pidió que me fuera a vivir con él. Lo miré con asombro. No vayas a pensar mal, dijo, lo que pasa es que me importas mucho. Nunca me hubiera imaginado que lo que le conté lo impresionara tanto, pero ni siquiera pude sentir un poco de remordimiento, porque al pedirme que me mudara con él hacía que el Plan empezara a andar casi solo. Le contesté que sí aceptaba y se puso feliz. Dijo que iríamos por mis cosas ésa misma tarde. Le sugerí que cambiáramos la cita para mañana y recogiéramos mis maletas en ése mismo instante y estuvo de acuerdo. Era agradable verlo feliz, aunque todo ello fuera un aliciente sombrío.



## 44

Yo no soy Lucía, soy la otra, la que no tiene nombre, y se pregunta todos los días qué demonios hace aquí, dentro de un cuerpo dañado y una mente que poco a poco se va desbaratando. Yo soy la que se da cuenta de que se aproxima el desastre. Soy la otra, la que no tiene rostro, la que se subió por error a la nave de los locos.

## 45

Primera sesión.

Cuando entré en el consultorio del doctor busqué un diván. No había. Necesitaba ver un diván. Me sentí, idiotamente, estafada.

Doctor, ¿por qué no tiene un diván?

¿Disculpa?

Lo que oyó, el diván de los locos.

Se rio.

Ah, eso, es que no es necesario.

Silencio.

Dime, ¿cuál es el problema?

Pensé que lo mejor era ir directo al punto.

¿Ve mi mano?, dije estirándola frente a mí.

Sí.

¿Qué le parece mi mano?

Desconcertado: una bonita mano.

¿Pero qué más?

No entiendo.

¿Cómo me va a ayudar si no sabe qué decir de mi mano?

Es que no sé qué quieres que vea.

¿No nota algo extraño?

No...

En la manera en que se alargan los dedos y la piel se ajusta a ellos.

Es como cualquier mano.

¿Cómo la suya?

Físicamente diferente, pero una mano como cualquier otra.

¿Cree que soy real, doctor?

¿Real?, ¿en qué sentido?

¿Soy una persona de carne y hueso?

Sí, por supuesto.

¿Qué está anotando en esa libreta?

Observaciones. ¿Por qué dudas de que seas real?

Por mi mano.

¿Qué tiene tu mano?

Vuelvo a extenderla hacia él.

No veo nada extraño.

Mírela bien.

La estoy viendo bien y me parece normal.

¿Cómo puede juzgar tan fácilmente que es normal? La pregunta sería, ¿por qué crees que no es normal si tiene todas las características de una mano?

Porque con sólo ver los dedos y la manera en que se unen a la palma me dice a gritos que no es real.

Permíteme hacerte una pregunta, ¿sufres de alucinaciones?

No. ¿Y si hago este movimiento, entiende lo que le quiero decir? Empecé a abrir y cerrar la mano.

No. Sigue siendo una mano normal.

Está bien.

¿Y su mano, le parece normal?

Claro, es una mano común y corriente.

No, doctor, su mano es espeluznante.

¿Desde cuándo te sucede esto?

Hace años.

¿Por qué nunca buscaste ayuda?

Porque todos tendrían que ser mancos.

No, Lucía. Hay métodos para hacer que todo vuelva a la normalidad.

Sí, todo volverá a la normalidad pero eso no quiere decir que desaparezca el problema. Usted me dará una receta y yo voy a saber que todo sigue igual que siempre, sólo que bajo la capa de efectos secundarios de las pastillas.

Salí de la sesión media hora después. Oliverio me esperaba afuera del consultorio; me recibió optimista. Preguntó que si cómo me había ido. Le hace falta un diván, dije.

## 46

Doctor, escuche con atención: cuando tenía diez años mi madre me llevó a un parque donde de pronto se apareció una mujer desnuda. Hay dos cosas que recuerdo, una de ellas es la negrura de su sexo. Desapareció casi inmediatamente y después apareció vestida. Recuerdo el vestido: era azul con flores blancas. La mujer se sentó en una banca como si no hubiera pasado nada. Mamá dijo que el mundo estaba lleno de locos. Le pregunté que si cómo sabía que esa mujer estaba loca. ¿Los locos viven en los parques?, ¿los locos son los que salen desnudos a dar un paseo? Mamá me tomó con fuerza de la mano y dijo, ven, es mejor irnos de aquí.

¿A mí por cuál razón me va a decir que estoy loca?

## 47

Soy una persona vacía, aunque me parece que ya lo había dicho. No tengo nada qué decirle a nadie. Cuando converso con alguien no se me ocurre qué decir porque cualquier cosa sale sobrando. ¿De qué se puede hablar con otra persona? Algo de verdad importante. Nada. Sólo se puede hablar del clima y de uno mismo.

Pero callar también es de filósofos, de incomprendidos, de santos, y yo no soy nada de eso. Por eso siempre me debato conmigo misma, me someto, me obligo, me niego, me contradigo, me digo, aunque no quieras esto hay que hacer, esto hay que decir cuando estés entre la gente, esto hay que comentar cuando te pregunten por tu vida o por tu salud.

Sé lo que debe hacerse, aunque no me guste. Nunca mencionar ciertas palabras. Jamás quedarse con la mirada perdida ni callar demasiado tiempo. Rodearme de normalidad para detener el empuje del delirio. Ser como los demás para evitar pensar en el horror que se aproxima. Construir con todo ello una ingenua trampa para tratar de engañar a la mente por un tiempo.

## 48

Hace años que vivo con el miedo de volverme loca.

Mamá a veces me contaba que en nuestra familia había varios locos, pero no fue por eso que empecé a tener miedo sino porque sentía que algo dentro de mi cerebro se sublevaba contra el orden natural de las cosas. Surgieron pensamientos absurdos que fueron creciendo poco a poco en mi cabeza hasta ocuparla. Tomaba una manzana en mi mano e inmediatamente una voz decía, esto no es real. Me acercaba a mi madre para darle un beso y la voz decía, ella no existe. Me veía en el espejo y decía, tú eres una alucinación. Pensé que necesitaba buscar a alguien que me confirmara que yo era real, que me convenciera de ello, pero quién podría ser tan confiable y no sólo eso, quién podría ser esa persona que tuviera la respuesta correcta y que me dijera sin equivocaciones qué clase de sueño, pesadilla o realidad era yo. Nadie. Ni siquiera era una pregunta que debía formular.

Entonces sí me estaba volviendo loca y tal vez tenía la sangre contaminada como la de mis antepasados. No podría luchar contra la herencia. En algún momento mis neurotransmisores colapsarían y yo sería la espectadora de mi locura. Es decir, la locura de Lucía, no la mía.

## 49

Oliverio me confesó que había empezado a escribir un libro. Estábamos en una cafetería y dijo que por fin, después de muchos años, pudo volver a escribir. Estoy escribiendo una novela, dijo. Ah, qué bien, contesté. Esperaba que lo interrogara acerca de ella. Me veía directo a los ojos. Tú sabes que no me interesa la literatura, dije. Pero es una novela que yo, recalco la palabra, escribo. No importa, dije, sigue siendo literatura. ¿Por qué estás conmigo si represento lo que odias? Sonreí. Para torturarme, contesté.

Oliverio prefirió quedarse serio. Pidió otro café y encendió un cigarro. Dijo, en la novela estás tú. ¿Qué dices? Sí, estás tú. Dios mío, dije. No te preocupes, dijo, estarás genial. Eres un imbécil. Oliverio. Debería de darte una cachetada y mandarte al diablo. Estás loca, Lucía. Claro que estoy loca, grité, estoy rematadamente loca y ahora tú me vas a convertir en un personaje. Guardamos silencio. ¿Ella va a estar loca? Sí, respondió un poco avergonzado. De pronto recordé y lancé una carcajada. Oliverio se sobresaltó. ¿Qué pasa?, preguntó. ¿Alguna vez te conté que tuve un amigo imaginario que me torturaba? No. Dame un cigarro, dije.

## 50

Cada vez que se acercaba la desesperación utilizaba como escudo un pensamiento con el que creía que podía aferrarme a la normalidad y la cordura.

En cuanto sentía que dentro de mí las ideas empezaban a desbordarse, me imaginaba frente a la caja de un supermercado con una fila interminable de productos que la empleada marcaba sin prisa. Me concentraba en los precios. Leche: diez pesos. Suavizante: dieciocho pesos noventa centavos. Barra de pan: diecisiete pesos. Lata de chícharos: cinco pesos cincuenta centavos. Litro de jugo: quince pesos. Pasta de dientes: veinte pesos cincuenta centavos. Desinfectante: treinta pesos. Mayonesa: quince pesos setenta centavos. Atún: ocho pesos cuarenta centavos. Cereal: treinta pesos cuarenta centavos. Azúcar: trece pesos. Café: cuarenta y cinco pesos noventa centavos. Aceite: doce pesos quince centavos. Sal: cuatro pesos.

Tortillas: ocho pesos cincuenta centavos.

Así, por minutos, por horas, el tiempo necesario para no dejar que la locura me tomara.

## 51

Llegó el momento en que tuve que decidir dejar de luchar, volverme loca, no sería para siempre, desmoronarme y que alguien más me levantara, recibía con escalofríos las imágenes de un hospital psiquiátrico con árboles frondosos llenos de naranjas, doctores con uniformes blanquísimos y una jeringa siempre preparada, podía sucumbir, ellos me sacarían de la locura con la pastilla diaria, el sedante, la inyección con el coctel de medicamentos que absorbería mi sangre, ya no tenía fuerza para seguir luchando, imposible continuar con la misma canción en la radio para alejar los malos pensamientos, imposible la dosis adecuada de normalidad con la que me tocaba enfrentar el mundo, había más locos en el mundo, no todos se quedaban encerrados entre cuatro paredes blancas y el delirio, el momento de entregarse llegaba, no eres tan fuerte, me decía, no puedes luchar contra ese animal milenar experta en atrapar a su presa, estabas cansada de luchar, de vaciar botellas y frascos de píldoras que sólo servían para encontrar la calma por unas cuántas horas, luego llegaba el momento de despertar, abrir los ojos y de nuevo sentir el vacío voraz en el estómago, el gran agujero en el pecho, la seguridad de que la locura te veía así como alguna vez te miraron sin descanso los múltiples ojos de un Dios, mi mente se estaba yendo, al principio me consolaba pensando que me deprimía por culpa de las hormonas, mi tristeza hormonal, pensaba, y después mi tristeza crónica, mi dolor interminable, mi desesperación provocada por minúsculos

accidentes químicos, los pasos de la locura que se escuchaban cerca, entonces llegó el momento de entregarme a ella, mi escudo de sustancias químicas artificiales dejó de ser efectivo, quería convencerme: nada mejor que un doctor de ropas blanquísimas como un ángel con una jeringa salvadora en la mano para hacer que la locura no fuera más que un término de diccionario, había que convencerme de ello cuanto antes pero fallaría.

## 52

Doctor, hay otro sueño que se repite muchas noches. Debo resolver un problema matemático. Hay gente que me presiona, dicen que es necesaria una respuesta, que yo soy la única capaz de dar con ella. Quisiera decirles que no es cierto, que reprobé las matemáticas cuando se ponían complejas, que mi mente nunca pudo comprender la lógica ni las operaciones abstractas, pero tengo miedo de que me vayan a hacer algo porque en sus ojos veo que harían cualquier cosa conmigo.

Hay una ecuación larguísima en un pizarrón. Adelante, dicen, empieza. Me ponen un trozo de gis en la mano. Los números me dan vuelta en la cabeza. Adelante, vuelven a decir. Me dejan sola para que me concentre, pero ni siquiera así escribo algo. Al cabo de un rato escucho pasos amenazadores que vienen por el corredor.

El pizarrón está vacío.

## 53

Pensé que Oliverio era actor, pero en realidad sólo actuó por primera y última vez en aquella obra de Ionesco. Nunca lo confesó, pero me parece que fue mi risa lo que lo hizo desertar. Claro que también tuvo críticas muy malas aunque todas ellas eran menos elocuentes que una risa justo en el momento en que olvidó sus líneas. No me creyó que me reía por mi recuerdo de un mundo estructurado como un escenario. Tal vez por eso me llevó con un psiquiatra; era su manera de decir, aquí te desenmascaro. A veces me decía, pero Lucía, tú eres inteligente, cómo puedes creer que no eres como yo o como cualquier otro. Pero Lucía, cómo puedes decir que hoy amaneciste casi transparente.

Oliverio pertenece al por ciento de la población que segrega la cantidad de sustancias químicas exactas que lo dejan vivir en el mundo sin desvariar, sin que le afecte su imagen en el espejo o sin tergiversar lo que entra por sus ojos. Oliverio, le dije un día, te felicito porque la naturaleza ha sido magnánima contigo, te felicito porque tu cerebro está saludable y tu mano o tu rostro nunca van a provocarte problemas existenciales. Te felicito porque tu cerebro tiene la fórmula exacta con la que debe combinar las sustancias químicas para provocarte felicidad, amor, y todas esas tonterías que hacen tanto bien. Te felicito por esa hermosa materia gris que transportas en tu cabeza.

Oliverio se me quedó viendo muy serio. Esperaba el golpe, creo. Yo sonreía. Pásame el azúcar, dijo, y también la leche. Después el silencio.

Segunda sesión.

Lo primero que veo al entrar en el consultorio es un espejo de cuerpo entero colgando de la pared. El doctor dice que hoy trataremos algo diferente. Me pide que me pare frente al espejo.

Dime qué ves.

Soy yo.

Mírate bien, atentamente, tómate tu tiempo.

Es lo que se dice cuando uno se ve al espejo: ésa soy yo.

Quiero que me digas qué es lo que tú ves.

Veo un cuerpo.

¿Qué más?

Es el cuerpo de Lucía.

¿Y tú quién eres?

Trato de no apartar la vista.

Yo soy yo.

¿Pero acaso no eres también Lucía?

No.

¿Cómo te llamas?

Ya sé lo que está pensando. Cree que tengo otra personalidad o que pienso que soy una reencarnación de Cleopatra.

Está muy equivocado. Yo soy yo.

¿Y Lucía quién es?

Lucía es ese cuerpo.

¿No has pensado en la posibilidad de que las dos sean la misma persona?

Así debería ser. Pero veo mi cara, mis ojos, mis brazos, y no me reconozco como parte de ese cuerpo. Cuando necesito ser normal digo que yo y ella somos la misma persona; creo que ahora puedo decir que no lo somos.

Háblame de la persona que eres tú.

Yo estoy dentro de la mente de Lucía, eso me parece. Ahí vivo. Veo lo que ella ve y sé lo que piensa. También la veo a ella y sé que entre nosotros hay un lazo de familiaridad que sin embargo está roto.

Tienes que acostumbrarte a la idea de que tú eres Lucía, de que ese cuerpo también te pertenece, de que formas una unidad entre tu mente y él.

Eso ya lo sé. Entiendo cómo deben ser las cosas. Es como una operación matemática, puedo resolverla pero no aplicar el resultado.

¿Por qué sientes que tu cuerpo no te pertenece?

No lo sé.

Todo es una ilusión.

Sí.

Vamos a hacer que te fusiones de nuevo contigo misma.

Doctor, vea ese rostro en el espejo. ¿Qué le dice?

Me parece que estás asustada y confundida.

No, doctor. Vea bien. Ese rostro no dice nada. Ya está fuera de este mundo. Yo todavía me aferré.

## 55

Yo soy la que cuenta la historia de alguien que se llama Lucía. Soy la que cuenta la historia de una mujer que no tiene salvación. La historia de un cuerpo, de un nombre, un rostro, que se dirige hacia la muerte. Yo soy un impulso eléctrico localizado en la fisura que provoca el corto circuito en la cabeza. La voz que se apaga poco a poco después de que veinticinco miligramos de quietud se funden en la sangre.

## 56

Me parece que a pesar de mi sincera confesión acerca de mis males. Oliverio empezó a desconfiar de mí. Me veía con recelo, como si me hubiera inventado todo. Creo que durante los últimos meses buscó acorralarme para que aceptara que le mentí. Alcanzaba a adivinar debajo de su interés (no sé si llamarlo así) por mí, los deseos de desenmascaramme. No desde el principio. O tal vez desde el principio, pero no estoy segura. Oliverio me dejaba perpleja. En sus libros podía aceptar que pasara cualquier cosa, pero no en la vida diaria; cualquier problema había que solucionarlo, cualquier situación anormal arreglarla. Sólo en los libros se permitía todo.

Oliverio me veía como una sublevación a las reglas del mundo. Había que volverme a la normalidad cuanto antes.

## 57

Oliverio nunca terminó su novela. Dijo que no tenía suficiente talento para ser escritor y yo le respondí que era algo que me esperaba tarde o temprano. Le dije también que me sentía orgullosa de él. Estaba cabizbajo, pero le confesé que había hallado su cuaderno de cuentos. Eran muy malos. Oliverio. Debiste comprender desde hace mucho tiempo que eres muy mal escritor. ¿Para qué quieres escribir?, ¿tú también eres de los que quieren exorcizarse con las letras?, ¿también quieres ser de los que dicen, mi vida y mi destino es la literatura?, ¿quieres ser de los que se sienten bendecidos por haber escrito un libro?, ¿quieres ser de los que dicen que la literatura es lo que los ha salvado de no volverse locos o criminales?, ¿o los que necesitan escribir para conocerse más, para responderse preguntas vitales, para reflexionar acerca de la vida?, ¿para ser admirado, para sentirte intelectual, para expresarte, para ver tu nombre en la portada de un libro y sentirte orgulloso, para tirarte a mujeres obsesionadas con los hombres cultos, para qué?

Oliverio me miró con furia contenida. Nada más. No valía la pena desperdiciar las palabras conmigo. Eso debió estar pensando cuando dobló un poco en su mano la cuchara del café.

## 58

Doctor, debo contarle otro sueño. Es una mujer a punto de dar a luz. La tienen acostada en una mesa de madera despintada. La rodean doctores que usan batas sucias. El vestido de la mujer está subido hasta el vientre. Grita pero nadie le hace caso; los doctores la traspasan con la mirada. Yo observo la escena desde lejos. Escucho el grito; parece que ha visto algo espeluznante. No es un grito de dolor sino de miedo. Por sus piernas abiertas se escurren hilos de sangre. La mujer mueve la cabeza de un lado a otro como si quisiera espantar una idea o una visión y de pronto la descubro viéndome.

Soy yo. Somos la misma persona, pero yo no puedo gritar.

## 59

La idea de la muerte me hacía bien. Saber que todo iba a terminar en algún momento. Al principio no, cuando tuve conciencia de que un día debía morir estaba aterrorizada, pero no por mí; es decir, por mí, pero por mi cuerpo, porque era a él a quien al fin y al cabo le tocaba la muerte; y sí, a mí con él, aunque conmigo sólo iba a ser como apagar un interruptor.

Aparte de la muerte definitiva sabía que mi cuerpo se deterioraba todos los días, y a veces hasta era visible cómo la devastación iba marcando su huella. Entonces sentía mucha pena por él porque me imaginaba que en el futuro, poco a poco iba a dejar de funcionar, iba a marchitarse, y con el paso del tiempo se convertiría en una carga. Me daba tristeza saber que yo tendría que ser la espectadora de su lenta aproximación a la muerte.

Mi cuerpo me daba tanta pena que a veces quería consolarlo, decirle lo siento mucho, llevarle un luto anticipado, y sin embargo yo iba a matarlo.

## 60

Oliverio.

No me llamo así.

Oliverio.

Dime.

Yo también quiero hacer un cuento para decir que es el más corto del mundo.

¿Sí, tú?

Sí.

¿Cómo sería?

¿Necesita ayuda? No.

## 61

Me tomo la pequeña pastilla que me recompone el mundo por unas horas. Me siento bien. Debería ser capaz de sentirme de esta manera por mí misma pero no puedo; es decir, mi cuerpo no puede.



Está derrotado por una pequeña deficiencia genética. Mi cuerpo no es capaz de regularse por sí mismo y ahora tengo que tomarme esta pastilla para que me aislé por unas horas de la falla genética: como poner un cordón que dice área de desastre alrededor de mi cerebro.

En el fondo ya no importa. Las cosas no van a cambiar.

Pero quién diría que a causa de este accidente químico alguien puede arruinar su vida, y no sólo eso, arruinársela a los demás, los que se atraviesan en su camino, la población inocente, como dicen algunos. Es inevitable, contestaría yo. Uno no puede detenerse. La pequeña pastilla a veces no es tan efectiva y cuando no funciona creo que ya se sabe lo que sucede. Pero no ahora, que me la tomo y siento que todo está muy bien, y hasta experimento un sentimiento luminoso que bien podría ser la felicidad. Es el momento en que todos pueden mirarme sin miedo. Soy como ustedes, no teman: un ser humano casi igual a todos (nadie notaría la diferencia) al que la ciencia le ha fabricado emociones normales y comunes.

No tengan miedo, la farsa puede continuar.

## **Junio 29**

Hoy por la tarde pasó Gabriel a recoger mis cosas. En el último momento dudé. No sé por qué me estaba mudando con ese casi desconocido. Me dieron ganas de decirle que ya no quería y que mejor nos seguíamos conociendo un poco más, pero le miré su cara llena de ilusión y no fui capaz de arrepentirme. Acabé de meter mis cosas en las maletas y me fui con él. Llegamos a su casa y lo primero que vi, como la primera vez que estuve ahí, fueron los libros. Sentí una vaga molestia, pero pensé que tal vez podría acostumbrarme a ellos siempre y cuando Gabriel no quisiera tener conversaciones llenas de bibliografía literaria.

Nos sentamos un rato en la sala y él se portó amable. No podría ser de otra manera porque siempre es así. Dijo que no quería que nos quedáramos en casa y salimos a cenar. Estuvimos en un restaurante francés cerca de dos horas; el dueño era un señor simpático y conversador que preguntó con una sonrisa que si cuánto tiempo llevábamos casados. Los dos sonreímos y Gabriel se ocupó de aclarar el malentendido, pero por un segundo me miró como pidiendo permiso para seguir el juego. No dije nada aunque me dieron ganas de no arruinarle el momento. Volvimos a casa; yo estaba agotada y Gabriel dijo, te ves cansada, vamos a acostarnos.

Unos minutos después no sólo me sentía cansada sino también triste. Gabriel me vio revolviendo las maletas y preguntó qué buscaba. Unas pastillas, dije. Empezó una escena conmovedora y me pidió que no tomara más esa porquería. Necesito esa porquería, respondí con convicción de drogadicta. Me abrazó y dijo, por favor, prométemelo. Me hace bien, le dije. Pero insistió en que se lo prometiera y dije está bien. Promételo por Dios, pidió. Lo miré como se ve a un niño ingenuo al que se le va a contar una mentira. Está bien, contesté, lo prometo por Dios y todos sus amigos. Luego fui a acostarme porque la porquería había sido realmente efectiva.

## **Julio 1**

Hoy me desperté intranquila. Gabriel ya no se encontraba acostado a mi lado; debía estar en el periódico. Volteé a ver el reloj y leí ocho cuarenta y siete. Me levanté de la cama y anduve un rato deambulando por la casa. En algún momento de la mañana sonó el teléfono, era Gabriel para preguntar cómo estaba. No me sentía bien pero le mentí. Se alegró y dijo que me vería por la tarde, que nunca tenía tiempo para ir a comer en la casa. Le dije que no se preocupara y colgamos.

Pasé todo el día angustiada por esa llamada y preguntándome qué estaba haciendo ahí. Hice mis maletas y pensé en irme, pero hubiera sido demasiado descortés que Gabriel entrara y viera que yo había desaparecido. Quise esperarlo (¿cómo decirlo sin escándalo?) sanamente, pero en esa casa no había sino libros. Salí y anduve caminando un rato hasta que entré en una tienda y compré una botella de licor. Volví a la casa y me senté en un sillón de la sala a vaciarla lentamente. Entonces di con la respuesta que buscaba, y era que Gabriel no significaba nada, podía ser cualquier hombre en su lugar, lo único que yo quería de él es que me llenara el vacío. Usarlo para que detuviera aunque fuera un poco el vacío. Mi conciencia tuvo la reacción indicada que le correspondía a ese pensamiento y me sentí miserable por el resto de la tarde.

Me dormí en el sillón y me despertó Gabriel diciendo qué has hecho. Vio las dos maletas y lo entendió. Traté de explicarle, pero dijo que mañana podía llevarme a mi casa, hoy no, estaba muy borracha; le dije que no quería irme y contestó no mientas, Lucía, lo dices para no hacerme mal. Fue ahí que me eché a llorar, pero no por la situación sino por toda la tristeza acumulada, y todo volvió a ser como antes: me acababa de mudar a su casa y Gabriel creía que podíamos ser felices juntos.

## **Julio 2**

Gabriel me acompañó a la cita con el psiquiatra a pesar de que le pedí que me dejara ir sola, pero qué clase de, insertar la palabra correcta, sería si no me acompañaba. Me dejó en la puerta del consultorio, como a una niña que se lleva de la mano a la escuela y se verifica que entre, y dijo que daría una vuelta por los alrededores.

El psiquiatra es un hombre muy atento, pero no me inspira confianza, como me sucede con todos los doctores. Se presentó, Julio Morales, me dio la mano, me dijo toma asiento y empezó la sesión. Yo estaba muy triste y le hablé de mi mano, contándole todo lo que creí necesario. Tenía la sensación de que no iba a poder ayudarme, pero no porque lo creyera incompetente sino porque sabía que comprenderme no era darme una prescripción médica, aunque eso ayudaba. Aún así traté de cooperar, de ser buena paciente, de que la sesión avanzara lo mejor posible.

Al salir Gabriel me preguntó cómo había ido todo pero yo no quería hablar de eso y le dije que al doctor le hacía falta un diván; le agradecí que entendiera que deseaba cambiar de conversación y nos fuimos a caminar. Llegamos al parque, nos sentamos frente al lago y vimos a los patos durante mucho tiempo, en silencio. Eso era una verdadera terapia, aunque al final no se llegara a ningún lado.

Después Gabriel empezó a hablar de su familia, pero no lo culpo, creo que a casi todos les entran ganas de ponerse confidenciales frente a una masa de agua. Dijo que cuando era niño fue muy pobre y tenía que trabajar vendiendo periódicos para ayudar con los gastos de la familia. Su padre, ya lo veía venir, era alcohólico; golpeaba un poco a la madre, zarandeaba otro poco a los hijos, hasta que acabaron huyendo de él y prácticamente se instalaron en una idílica casita sobre una colina verde. A partir de ese día todo mejoró. Las sonrisas volvieron a los rostros, los sueños se instalaron de nuevo detrás de los ojos de los niños, la madre nunca más intentó casarse y vivió para que sus hijos fueran felices. Aun así Gabriel conservaba recuerdos muy tristes de su infancia: gritos y botellas desparramadas por el suelo, castigos inmerecidos y discusiones en donde sólo ganaba el padre.

Esas cosas no se borran, se quedan aquí metidas, dijo Gabriel tocándose la cabeza. Le pedí que mejor me contara algún recuerdo alegre de la infancia y volteó a verme con una sonrisa; dijo, mejor cuéntame tú uno. Le conté que me gustaba tocar los timbres de las casas de los vecinos, y siempre cargaba un palo para llegar a aquellos que no podía alcanzar. A veces pasaba horas en eso. Gabriel se rio y dijo que debí de recibir muchos castigos, pero no, ni uno solo porque me escabullía a tiempo; aunque le dije que sí, yo creo que para sentir que habíamos sufrido los dos algunas tragedias en la infancia, aunque las mías fueran menores e inventadas.

Volvimos a casa caminando y en silencio. Creo que la felicidad tiene mucho que ver con el silencio y sí me doy cuenta de que decir esto suena a poesía barata.

### **Julio 3**

Gabriel tiene un piano en una de las habitaciones de los libros; no lo toca nunca. Dice que antes quiso ser pianista pero que después lo dejó. Sugirió que fue debido a una desilusión amorosa y como callaba y yo no quería saber la historia, aproveché y no hice preguntas. Para compensar la falta de historia le pedí que tocara algo. No está afinado, dijo. No importa, respondí, no tengo oído para la música, no me voy a dar cuenta. Lo desempolvó un poco y tocó claro de luna. Toca algo más, dije cuando terminó. Y tocó algo que nunca antes había escuchado. Eres muy bueno, dije. Tendrías que haberte convertido en pianista, dar conciertos por todo el mundo y volverte loco después de un tiempo. Sonrió y luego se levantó; se veía triste y me sentí mal por no ser capaz de consolarlo. Dijo que se iba a leer un rato. Te prepararé la cena, dije, y se le iluminó el rostro, supongo que porque eso le sonaba a calor de hogar y felicidad.

Entré en la cocina y ahora era yo la que se sentía triste entre tantos objetos desconocidos, pero principalmente conmigo misma. Tan lejos de lo que yo era, tan charlatana y confabuladora. Y Gabriel tan confiado y digno de confianza. Sin embargo, algo me decía que así debían ser las cosas, que no podían acabar de otro modo, que no todos tenían derecho a una existencia pacífica y ordinaria. ¿No significaba algo el hecho de que Gabriel fuera un hombre que tuviera la casa llena de libros, que conservara un piano empolvado en la esquina de una habitación?, ¿no cruzaba por todas esas señales un destino diferente al de los otros? Igual que el mío. Yo no podía aspirar a mecer un niño entre mis brazos, por ejemplo. En cambio sí era capaz de matar; no porque yo lo decidiera sino porque no cargar a un niño, no cultivar flores, me lanzaba a posibilidades trágicas. O al menos esa es la explicación que yo le daba a mis acciones y siempre es bueno tener explicaciones para todo; me parece que hacen tolerable la vida.

Cuando serví la cena Gabriel se encontraba de mejor humor. Un poco del Quijote y la vida puede volver a respirarse, dijo. Después, por suerte, hablamos de trivialidades, como que estaba nublado.

### **Julio 4**

Esta mañana anduve husmeando un poco por la casa. Encontré en el escritorio de Gabriel un manuscrito. Eran seis cuentos muy malos. Me dio pena por él, porque a pesar de su amor por la literatura está excluido de ella. En las últimas páginas escribió el inicio de una novela. Sólo llevaba unas cinco hojas y hablaba de una mujer que el narrador conoció en una obra de teatro. La mujer se comportaba a veces de un modo extraño y otras tantas era insoportable. Sentí mucha más pena por Gabriel, y me dije que no me importaría que tomara todos los detalles que quisiera de lo que le he contado y los metiera en esa novela que será mala y tarde o temprano, cuando quiera publicarla o se la dé a leer a alguien, lo hará infeliz. Más adelante, cuando Gabriel me vaya a contar

de esta novela, porque lo hará, yo fingiré asombro y enojo pero sólo para que él no se dé cuenta de que le tengo lástima.

Por la tarde, Gabriel me dijo que quería que el fin de semana fuéramos a visitar a su madre. Le dije que me parecía que él podía ir solo y dijo, adivinando mis pensamientos, no te preocupes, es una visita informal, le diré a mamá que eres una compañera del trabajo. Al final acepté, pero no porque me hubiera convencido, sino porque desde el primer día en que me mudé a su casa empecé a sentir que le debía algo, una especie de tregua o de consuelo antes de ejecutar el Plan.

## **Julio 5**

Desde hace años, todas las tardes doy clases de dibujo en una pequeña escuela. Fue mi madre quien me enseñó a dibujar. Ella tenía un estudio donde a veces me escabullía para ver sus pinturas o para acompañarla mientras trabajaba. Durante años la escuché decir que yo podría llegar a ser una gran pintora, una Remedios Varo, decía, porque era su favorita. A mí me gustaba pintar pero no quería hacer exposiciones ni vender mis cuadros. Me bastaba con pintar de vez en cuando y después empaquetar los cuadros para guardarlos en el sótano. Mamá decía que yo no tenía ambición, que había que sobresalir en el mundo y si yo preguntaba para qué, ella me miraba atónita y contestaba cómo que para qué, pero sin darme una respuesta.

Con el paso de los años me bastó con la plaza de maestra de dibujo. Mamá se enteró y no estuvo de acuerdo, aunque sabía que no podía hacer nada para convencerme de buscar algo más apropiado para mí. Es decir, algo más importante. Y después de que ella y papá tuvieron que irse a otra ciudad, a causa del trabajo de papá, ya no volvió a decir nada de la profesión que elegí; estábamos demasiado lejos como para que siguiéramos discutiendo por ello. Sólo a veces, en alguna de sus cartas dice algo, una alusión inocente y rápida, como para que sepa que todavía sigue recordando mi error pero lo perdona porque para eso son los lazos de sangre.

## **Julio 6**

Este día fui a la segunda sesión con el psiquiatra y ya antes de que acabara había decidido no volver. La gente cree en la palabra, en su poder, la utilizan como un instrumento omnipotente, y yo sé que no importa cuántos recuerdos, cuántos miedos y frustraciones le cuente al doctor, no va a ser capaz de aliviarme ese dolor que no proviene de los recuerdos, los miedos y las frustraciones. A mí sólo me alivia una pastilla. Nada más puede calmarme. Gabriel me dirá que siempre es bueno hablar con alguien, y repetirá, como otras veces, que si en su adolescencia no hubiera tenido a alguien con quien hablar se habría matado. Pero tú no tenías un trozo de abismo instalado permanentemente en tu cerebro, Gabriel. Y ya sé, la historia de la tía, del amigo, aquejados de males depresivos que supieron sortear con fuerza de voluntad y oración, y yo volveré a insistir, ellos no tenían un agujero cósmico incrustado en el cerebro. Entonces las recriminaciones, la culpa (que no es mía pero que él piensa que al menos sí una parte), las amenazas, los hechos científicos, la figura de Dios colándose tímidamente en la conversación, y yo escucharé todo, hasta el final, y seguiré pensando lo mismo, tú no tienes un minúsculo torbellino rotando en tu cerebro, tú no sabes,

tú no conoces lo que hace el sabor amargo de la pastilla, a ti no te hace falta como el aire la paz sintética con que me lleno las venas. Y así es como empiezo a vislumbrar el puente roto entre tú, Gabriel, y yo, y cualquiera que quiera cruzar hacia mí.

## Julio 7

Qué bien se está aquí, dijo Gabriel cuando nos sentamos en una de las mesas de su cafetería preferida.

Hoy fue mi última sesión con el psiquiatra, dije.

Me miró herido.

¿Por qué?

Porque no me sirve, contesté.

Es muy pronto para decir si va a servirte.

Gabriel, respondí enojada, cállate. Dije que no vuelvo y sólo estoy comentándolo contigo, no pidiendo tu opinión.

El mesero se acercó a la mesa para tomar el pedido. Gabriel no contestaba.

Tráigale una pistola, dije. O no, mejor un cuchillo.

Gabriel me miró por un momento; no supe adivinar qué pensaba. Se levantó y salió del lugar. Volteé a ver al mesero y dije, entonces sólo traiga un café negro. Anotó el pedido y se fue sin hacer ningún comentario. Pensé en las novelas en donde los meseros o son muy serviciales o muy agudos; nunca en toda mi vida me topé con uno de ellos. Cuando volvió con el café le pregunté, ¿no tiene nada que decir de lo que acaba de pasar? Me miró extrañado. No es de mi incumbencia, señorita, dijo. Se disculpó y se fue.

Gabriel estaba en su casa cuando volví. Te esperaba, dijo. No voy a hablar de lo mismo, dije. Puedo hacer mis maletas. No quiero que te vayas, Lucía. No te metas con mis problemas, Gabriel, le dije. Me gustaría ayudarte. Quiero que te sientas tan bien como cualquier otra persona. ¿Quieres que vuelva a las filas de los normales?, pregunté. No, contestó dolido, quiero que te sientas bien y que no necesites tomar porquerías. Me dio ternura que no comprendiera el peligro que yo era sin pastillas, y me acerqué a él para acariciarle la cabeza. Yo he decidido tomarlas, le dije. Tú no puedes saber si las necesito o no, solamente yo lo sé y no acepto que te metas en esto. Me abrazó: volvió a repetir que lo dejara ayudarme. Claro que me vas a ayudar, dije, pero me habría gustado no decirlo. ¿Cómo te voy a ayudar?, preguntó Gabriel. Quedándote tranquilo, respondí. ¿Cómo?, preguntó. Sí, sin hacer nada. Si no hago nada no voy a poder ayudarte, dijo. Confía en mí, contesté.

## Julio 8

Tomamos el tren por la mañana. El viaje duró tres horas. Gabriel dijo que yo le caería muy bien a su madre. Lo que se dice siempre a pesar de no tener la certeza. Ya veremos, pensé. También dijo que le caería bien a Helena, su hermana. Ya veremos. Al bajar del tren nos esperaban las dos. Presentaciones, abrazos y besos. Preguntas de rigor en el taxi: ¿cómo has estado?, ¿sigues trabajando en el periódico?, ¿estuvo bien el viaje? Miradas curiosas cayendo sobre mí. Gabriel

disipando las hipótesis que adivinó se formulaban en las cabezas de sus familiares: es una compañera del trabajo. La sonrisa de las dos que decía sí cómo no.

En la comida siguieron las preguntas. La madre me analizaba.

Lucía, ¿qué es lo que haces en el periódico?

Gabriel se adelantó.

Escribe en la sección cultural, como yo.

Pero qué bien, dijo la madre complacida.

Sonreí.

Debes de ser como Gabriel, dijo, una devoradora de libros.

Sí, contestó Gabriel, lee mucho.

En esta casa siempre fue así, dijo la madre, libros por donde quiera y todos con las narices metidas en ellos. ¿Cuál es tu libro favorito?

Cosmopolitan.

Gabriel soltó una carcajada que hizo que la expresión de su madre se suavizara un poco.

Así es ella, mamá. Nunca se le pude tomar en serio.

Es verdad, dije sonriendo.

La madre sonrió apenas un poco.

Gabriel tocaba el piano, dijo la madre.

Tenía un don; lo tiene, pero lo desperdició.

Mamá...

Sí, lo he escuchado tocar. Una noche tocó maravillosamente claro de luna.

Eso no es nada, dijo la madre, tocaba piezas muy complicadas, era un prodigio. ¿Verdad que sí, Helena?

Sí, madre, un verdadero prodigio.

Helena escribe, dijo la madre. Cuéntale a Lucía, Helena.

La miré. Nos miramos. Qué remedio, pensé.

Estoy escribiendo un libro de cuentos, dijo. Apenas lo empiezo.

Qué interesante.

¿Tú también escribes ficción?, preguntó Helena.

Por supuesto, todos los días. Desde que me levanto hasta que me acuesto por mi boca no sale sino ficción.

Caras sorprendidas.

A veces la poesía se le desborda y no sabe qué hacer con ella, dijo Gabriel.

Estaba triste. Tenía ganas de echarles encima mi tristeza a los tres y que la madre tuviera que pedirme, apenada, que abandonara su hogar.

Estamos cansados, dijo Gabriel a tiempo.

La madre se levantó solícita. Claro, tienen que descansar. Lucía, déjame llevarte a tu habitación, espero que te guste, Helena me ayudó a arreglarla. Cortamos rosas de las que cultivamos en el jardín; mañana te llevaremos a conocerlo.

Me dejó en la habitación y me acosté en la cama. Una media hora después alguien tocó la puerta, dije adelante; era Gabriel. Se sentó a mi lado y me preguntó que si cómo me sentía. Estoy

bien, respondí. Tenía cara de preocupación. Ya sabía lo que iba a decirme. No puedo evitarlo, dije. Estaba con la vista fija en la ventana. No vine a hablar de literatura ni de música; además yo no quería venir. Pareces una niña, ¿es un efecto secundario de las pastillas? Le sonreí, pero él se veía molesto. No puedo evitarlo, repetí. Ya lo sé, dijo. De todas formas no es grave, mamá me dijo que eres rara pero todavía no piensa que seas una maleducada. No lo soy, dije. Volteó a verme. Creí que ibas a decir una barbaridad en la mesa, mamá es delicada con eso, prefiere las buenas costumbres y la amabilidad. Esto te pasa por traerme, dije. Sí, respondió, me lo merezco; en fin, quería pedirte algo. Está bien, dije. Trata de fingir un poco. ¿Qué cosa?, pregunté. No sé, dijo antes de encaminarse a la salida, eso tú lo sabes mejor que nadie. Luego cerró la puerta suavemente.

## Julio 9

Ayer por la noche Gabriel y su hermana salieron a comprar la cena. Su madre dijo que nosotros nos quedaríamos. Gabriel me miró como buscando transmitirme algo y yo le sonreí pero no por eso se le quitó la mirada preocupada. Nos sentamos en el jardín y la madre trajo dos tazas de té. Hablamos de trivialidades y yo sabía que eso equivalía a preparar el terreno.

Gabriel dejó de tocar el piano porque lo abandonó una pianista de la que estaba enamorado.

¿Sólo por eso?, pregunté.

La madre me miró fríamente.

Sí, contestó. Gabriel desde niño fue muy sensible, por algo tocaba el piano, escribía y leía. Cuando la pianista lo dejó hasta pensó en matarse; después se recuperó pero quedó muy herido. Dime, Lucía, ¿están ustedes saliendo?

No, señora. Somos conocidos. Es decir, compañeros de trabajo.

¿Nada más?

Nada más.

Gabriel me ha hablado muy bien de ti. Dice que eres una muchacha muy interesante.

Él también es un muchacho muy interesante.

Claro, y muy bueno también.

La interrumpí.

Yo sé que le gustaría que no saliera lastimado otra vez.

Soy como toda madre que busca lo mejor para sus hijos.

Puede estar tranquila. Yo no le voy a tocar ni un pelo a Gabriel.

De nuevo la incomodidad en sus ojos.

No digo que no quiero que nadie se le acerque.

No tenga cuidado.

No quiero que pienses que soy una leona vigilando a sus cachorros. Lo único que deseo es que Gabriel no vaya a pasar otra vez por lo mismo.

Somos compañeros de trabajo.

Sí, pero conozco a Gabriel; lo veo y sé que le interesas.

Él sabe que sólo somos compañeros de trabajo.

Gabriel a veces se deja llevar por sus emociones. No me gustaría perderlo, comprende.



No se preocupe, Gabriel estará bien. Podemos confiar en que él sabe cuidarse.

Lucía, a ti te trajo aquí por algo.

Si le digo la verdad creo que su hijo es un poco sádico. Tal vez sí le afectó demasiado la historia con la pianista.

¿Cómo dices?

Me miró consternada.

Que Gabriel disfruta mucho con el dolor. Hace como que no pero le encanta o le fascina, no sé; puede ser porque le encuentra algo de literario. Es el problema a veces con los libros, señora, perturban hasta a las mejores mentes.

La madre se levantó de la banca.

No sé de qué hablas.

Es sólo una hipótesis.

¿Te estás burlando de mí?

Creo que no.

Discúlpame un momento dijo, y entró en la casa.

Me quedé en el jardín hasta que Gabriel vino y se sentó a mi lado.

Ya sé, Gabriel.

Ya sabía yo también.

Sí.

Le dijiste que me gusta el dolor. ¿De dónde sacas eso?

Tengo varias historias para probarlo.

Mamá cree que también soy un depravado sexual. Me reí.

¿Por qué tienes que...? En fin, no hay manera de razonar contigo.

La gente piensa lo que quiere. Yo no hablé de nada sexual. ¿Tu mamá lee mucho a Freud?

Se rio: sí.

Te lo digo, demasiados libros le pudren la mente a la gente.

Me miró con fijeza.

Y sin libros también hay gente que está podrida. Ahora me vas a recriminar que sea un monstruo.

No eres un monstruo, Lucía, tu problema es que no sabes comportarte. Estás siempre a la defensiva, pones una raya y dices de aquí no pasa nadie, y después dices un montón de tonterías que te apartan de los demás.

Tú también lees a Freud, no mientas.

Empezó a llover torrencialmente. Olvidé decir que amaneció nublado y oliendo a humedad. Nos metimos corriendo en la casa; antes de entrar un trueno ensordecedor hizo que se fuera la luz. Dame la mano, dijo Gabriel, no vayas a tropezarte. Nos encontramos a la madre y a Helena en el pasillo. Me olvidé de comprar velas, dijo la madre, pero no importa, podemos acostarnos ya, es tarde. Helena y yo acabamos de cenar, si quieren ustedes pasen a la cocina y enciendan la estufa para que tengan un poco de luz. Buenas noches, hijo, buenas noches Lucía. Buenas noches, dijo Helena, y desaparecieron entre la oscuridad.

Gabriel y yo cenamos de pie, al lado de la estufa.

Me gusta tu hermana, no habla mucho.

No le gustas tú, por eso no habla.

Qué lástima, yo pensé que era porque tenía uno de esos espíritus griegos dados a la reflexión y a la contemplación.

No, le caíste mal.

No voy a poder dormir con el ruido de los truenos y la oscuridad.

Sí se puede dormir, después de un rato, cuando te acostumbras.

No, yo necesito dormir con luz, me aterra la oscuridad.

Me miró y vi su cara iluminada por la luz del fuego de la estufa.

Es verdad.

¿El monstruo le tiene miedo a la oscuridad?

Sí, es el precio que hay que pagar por ser un monstruo. Y ahora tienes que dormir conmigo.

¿Estás loca?

Sí, pero eso no tiene que ver con esto.

¿Sabes qué pasaría si mamá se diera cuenta?

No lo sé, nenito, ¿te daría unas nalgadas y te mandaría a tu cuarto?

No sabes cuánto te odio cuando dices esas cosas.

Duerme conmigo, por favor. No soporto la oscuridad.

Silencio.

Por favor, Gabriel.

No, ya te dije que no.

Terminamos de cenar y Gabriel me tomó de la mano para llevarme a mi habitación. Abrió la puerta del cuarto para que entrara y esperó.

No me dejes sola.

Entra. A lo mejor eres tú quien necesita un castigo.

Me quedé parada en el marco de la puerta.

Anda, entra.

Gabriel...

He dicho que entres.

Me empujó con suavidad y cerró la puerta. Luego me acerqué temblando a la ventana y traté de distraerme viendo la lluvia, pero me sentía asediada por presencias invisibles que reptaban en la oscuridad. A veces un rayo iluminaba la habitación y miraba ávidamente el lugar buscando alguna anomalía. Otras veces no miraba y mi imaginación enloquecía inventando seres que se movían a mis espaldas. Abrí un poco la ventana y la lluvia empezó a mojarme; estaba helada pero el frío me distraía del miedo.

Escuché que se abrió la puerta. Gabriel se acercó a mí y dijo qué estás haciendo. ¿Por qué estás empapada? Me tomó de la mano y me apartó de la ventana. Desvístete, dijo. No me moví; temblaba. Desabrochó el vestido y lo dejó caer. Me secó con una toalla. Tienes que quitarte todo, dijo. No me moví. Me sacó la ropa él mismo. Ven, ahora acuéstate. Me dejó llevar a la cama, después me echó una manta encima. Se acostó a mi lado; yo le daba la espalda. Me abrazó por detrás. Lucía, dijo, nunca te he comprendido. A veces pienso que no necesitas a nadie y luego

pasan cosas, como ésta, y parece que estás a punto de quebrarte. No respondí. Empezó a acariciarme el cabello. Volteé hacia él y quedamos de frente. Nos vimos el rostro un segundo gracias a la luz de un rayo. Si me pides que no te deje, no me iré, dijo Gabriel. No contesté. Su cuerpo encima del mío me salvó del miedo.

## **Julio 10**

Hoy volvimos a casa. Nos despertamos temprano, desayunamos todos en silencio y después hicimos las maletas. Helena y su madre se despidieron de mí con frialdad. En el tren Gabriel trató de disculparlas un poco pero no lo dejé. Ahora tendrías que llevarme tú a visitar a tus padres, dijo Gabriel. No viven cerca, respondí. ¿Dónde viven?, preguntó. Cruzando el mar. Gabriel no insistió en los detalles. Nunca he ido a visitarlos, dije. No podría volar en un avión sabiendo que debajo de nosotros hay un mar inmenso con sus fauces abiertas. ¿Qué dices? Que el mar es un monstruo líquido. No es cierto, el mar es hermoso, dijo. Ellos tampoco vienen a visitarme, papá está enfermo y mamá no se separa de él. ¿Qué harás cuando uno de ellos? Se calló. ¿Muera?, dije. Sí, respondió. No sé; lo más seguro es que papá pida que lo traigan de vuelta. Puede ser, dijo. ¿Por qué nunca te he visto llamarles? Nos escribimos cartas. ¿Nunca se llaman?, volvió a insistir. No, casi nunca. ¿Están peleados?, preguntó. No. Somos una familia feliz a distancia.

Después nos quedamos en silencio todo el recorrido de vuelta. En el taxi no hablamos. En casa tampoco. El silencio: no quiero decir nada acerca de esa larva.

## **Julio 11**

Me parece que ya se acerca la hora.

## **Julio 12**

Gabriel llegó con la noticia de que por la noche asistiríamos a una fiesta. Un amigo publicó un libro y hará una fiesta para festejar, dijo. ¿Y tú te crees que voy a ir?, pregunté. Te lo pido por favor, dijo, y es la última vez que vuelvo a hablar de libros, te lo prometo. Es como si me echaras en un mar infestado de tiburones, dije. No voy a poder soportarlo, Gabriel. Por favor, pidió. Y al final acepté por lo mismo de antes, pensaba que se lo debía.

Me puse un vestido largo de color negro que a Gabriel le gustó. A él nunca antes lo vi usando un traje y se veía bien. Estamos muy solemnes, parece que vamos a casarnos, dijo Gabriel. Sí, contesté, y yo con un vestido negro, muy apropiado. La fiesta era en una casa enorme y había mucha gente. Vinieron varios editores, dijo Gabriel, tal vez alguno de ellos se interese en mi novela. Sentí pena y no dije nada. Me presentó con algunos amigos y compañeros de trabajo y después quiso seguir saludando gente pero le dije que fuera solo, que lo alcanzaría después. No se desilusionó. Me sonrió y dijo, no te metas en problemas.

Le pedí una copa de vino a un mesero y fui a sentarme en un sillón. Todos ahí parecían gente normal, sólo que hablaban de cultura y esas tonterías. Vino alguien a sentarse a mi lado, un hombre, y me preguntó qué opinaba del libro del festejado. Contesté que muy malo. ¿De verdad?, preguntó. Sí, respondí. ¿Por qué?, ¿qué le encuentra de malo? Todo, dije. Sacó un cigarro y me ofreció uno, lo acepté. Para mí resultó ser una novela maravillosa, dijo. Lo vi bien, era un hombre culto, se le notaba en el rostro. No la leí, dije. ¿Cómo?, preguntó. Nunca leería una novela, menos una de la que el autor se jacta de haberla escrito en boletos de tren y servilletas. Gabriel me había contado la anécdota con envidia horas antes. Me levanté y me alejé sin voltear a verlo.

Volví a acercarme a un mesero y pedí otra copa. Quería escabullirme de algún modo. Pasé entre un grupo de gente que hablaba agitadamente de la posmodernidad. En todo el salón se levantaban en murmullo palabras como ideología, metaliteratura, ficción, y yo no lo soportaba. No entendía cómo la gente desperdiciaba su tiempo hablando de mundos creados por la imaginación de un imbécil con exceso de tiempo libre. ¿Qué me importaba a mí que Gregorio Samsa se levantara una mañana convertido en un insecto? ¡Si nunca había ocurrido!, ¿cómo podía importarme? De haberle contado eso a alguno de los invitados no faltaría el idiota que me dijera, pero señorita, ¿no se da cuenta de que puede ser más real un Gregorio Samsa que un Pedro López de este mundo?, incluso, ¿no se da cuenta de que el escarabajo es más valioso que casi cualquier ser humano?

Salí al jardín con una nueva copa de vino y revolví mi bolsa buscando una pastilla. Las había olvidado. Decidí que la única solución era quedarme ahí hasta que la fiesta terminara o Gabriel fuera a buscarme, pero unos minutos después se me acercó una mujer y me saludó. Dijo que la fiesta estaba aburrida. Sí, mucho, respondí.

¿Cómo te llamas?

Lucía.

Yo me llamo Miriam.

Bueno.

¿Quieres compartir?

Me mostró una pequeña bolsa transparente llena de polvo blanco.

Sí.

Abrió su bolsa y sacó un espejo y una navaja. Hizo una línea y me la ofreció. Después hizo una para ella.

Me sentó bien.

¿Otra?

Sí, pero más chica.

Ella también aspiró una más.

Ven, vamos a sentarnos Lucía.

¿Viniste con Gabriel?

Sí, ¿quién te dijo?

Él. Te vio salir y me pidió que viniera a hacerte compañía.

¿También te pidió que me drogaras?

No. Fue mi idea. ¿Te contó que un tiempo estuvimos saliendo?

No.

Claro.

¿Hace mucho?

Hace como un año. Nos íbamos a casar.

¿Y qué pasó?

Se arrepintió, dijo que no había superado ciertas cicatrices emocionales y que no me quería hacer daño; las cosas que dice un hombre cuando echa todo a perder.

A lo mejor era cierto, parece que tuvo una historia turbulenta con una pianista.

Qué sé yo. Después de un tiempo quiso que lo perdonara pero yo ya andaba metida en otra relación, ¿y sabes lo que me dijo?

No.

Que era una puta, entre otras cosas. Fue en una reunión de escritores; luego se fue y me dejó en medio de las miradas de los demás. A veces puede ser un imbécil, te lo digo yo que lo conozco bien.

¿También escribes?

Sí.

¿Tienes un cigarro?

Buscó la cajetilla en su bolsa.

¿Te vas a casar con Gabriel?

No.

¿Y él se quiere casar contigo?

Nunca ha dicho nada al respecto.

En el fondo nunca le perdoné que se arrepintiera. Sabes, no es tan buen escritor pero desde joven su gran sueño es dedicarse a la literatura. Nadie hasta ahora le ha querido publicar un libro y por lo menos eso me sirve de venganza por lo que me hizo.

¿Cuánto crees que dure la fiesta?

Hasta que se acabe el vino y la comida, nadie se va antes. ¿A qué te dedicas tú?

Soy profesora de dibujo.

Pensé que también escribías. ¿Te estás acostando con Gabriel?

Sí.

¿Verdad que coge bien? Lo que daría por un polvo con él.

Podrías proponérselo.

¿Te parece bien?

Sí, así como nunca se debe negar un pedazo de pan tampoco una noche de amor.

Se rio.

En cuanto lo vea le voy a decir; gracias por prestármelo.

Necesito otra copa. Voy a entrar.

Bueno, trae una para mí y vuelve pronto que te quiero contar unas cuantas anécdotas de Gabriel que te van a dejar con la boca abierta.

Busqué a un mesero y le pedí dos copas, me bebí una de un trago y la otra a pequeños sorbos. Luego anduve entre los invitados esperando toparme con Gabriel, pero la gente había aumentado

y era difícil localizarlo. Iba de vuelta al jardín cuando Gabriel me tomó de un brazo. ¿A dónde vas?, preguntó. Te estaba buscando. Estoy con Miriam, me dijo que la mandaste conmigo. Sí, ¿te ha tratado bien? Sí. Quiere acostarse contigo, casi me ha pedido permiso. ¿Qué le dijiste? Que me parecía bien. Es una ninfómana, dijo. Con más razón podrías hacerle el favor. Vámonos, dijo, te ves cansada. Sí, un momento, mira a toda la gente que está aquí, mira sus cabezas. ¿Ya? Sí, respondió. ¿Hay alguna que te parezca hermosa? ¿Qué?, dijo. Sí, dije, ¿ves aquí alguna cabeza hermosa? No sé, ¿a qué viene esa pregunta?, dijo. Me acordé que muchos escritores al describir a un personaje dicen, tenía una cabeza hermosa. Me reí: ¿qué hay de hermoso en un círculo con la mitad o más de su superficie llena de pelos? Dímelo tú que eres escritor. Tu cabeza me parece hermosa, dijo. No seas estúpido, contesté. Tal vez tus amigos escritores puedan decirme por qué hay personajes que tienen una cabeza hermosa. A mí todas las cabezas me parecen horribles. Cuestión de gustos, dijo Gabriel. Ven, vámonos. Me tomó de la mano y nos acercamos al autor del libro que daba la fiesta. Gabriel le dio las gracias y le auguró éxito. Estrechamos las manos y nos despedimos. Me habría gustado preguntarle su opinión acerca de las cabezas hermosas pero ya Gabriel me había advertido que ésa era una pregunta con la que el escritor se tomaría por lo menos una hora para responderla.

## Julio 13

Hoy llamó por teléfono Miriam. Habló con Gabriel. Me contó todo cuando colgaron. Dijo que Miriam estaba muy preocupada porque una ambulancia llegó en la madrugada y se llevó a una mujer que le describieron muy parecida a mí. Como yo quedé en volver con ella cuando fui por una copa pensó que había tenido un accidente. ¿Por qué pensó que iba a pasarme algo?, pregunté e inmediatamente me arrepentí porque entendí de qué se trataba todo. Tú sabes muy bien, dijo Gabriel enojado. Tú fuiste quien la mandó, dije. Estaba furioso; se acercó a mí y me tomó de un brazo. Me apretó tanto que tuve que decirle que me hacía daño. ¿Y qué?, dijo, a ti te gusta todo lo que te hace daño. Suéltame, dije casi gritándole. Me soltó arrojándome en un sillón y se fue a encerrar en uno de los cuartos. Iba a salir a la calle pero cuando abrí la puerta Gabriel escuchó y salió a ver qué pasaba. ¿A dónde vas?, dijo. Por ahí, contesté. ¿Vas a volver?, preguntó. No respondí. Me vio el brazo y me preguntó si me dolía. Dije que no. Parecía un poco avergonzado, se veía que quería decir algo así como, discúlpame, yo nunca le he puesto un dedo encima a una mujer, no sé qué me pasó. Me encaminé hacia la salida y preguntó si podía acompañarme. Como gustes, contesté.

Anduvimos caminando sin rumbo, y sin hablar, y antes de regresar a la casa entré en una tienda y compré una botella de licor. Gabriel me miró pero no se atrevió a hacer un comentario. Volvimos a casa y me senté en la sala. Ven, siéntate, le dije a Gabriel, trae un vaso. Fue a la cocina y volvió con hielo. Bebimos la mitad de la botella sin hablar; ahora que lo pienso creo que Gabriel esperaba a que el licor hiciera su efecto.

¿Alguna vez has pensado en matarte, Lucía?

Sí, claro.

¿Por qué?

Porque me aburría la vida.

¿Ya no te aburre?

Sí.

¿Entonces todavía piensas en matarte?

Más o menos. Creo que todos deberían elegir su muerte, no esperarla hasta quedar arrinconados sin escapatoria.

Pero es mejor tener una muerte tranquila. Bastante violenta es la idea de la muerte como para después abrirse uno las venas o algo peor.

¿Eso quiere decir que deseas ser un respetable abuelito lleno de arrugas y canas y esperar tu muerte en medio de historias, nostalgias e incontinencias?

Sí, aunque lo digas así.

Me parece bien para alguien como tú.

¿Qué quieres decir?

Que es una idea que te funciona a ti.

¿Por qué nunca nada te parece suficiente?

Ya te lo he explicado. El problema está aquí adentro. Me toqué la cabeza. Si lo ves bien, no es mi culpa.

Podrías poner algo de tu parte. Tengo la impresión de que te gusta el fango.

No me gusta, algo me arrastra.

Dicen que la mente es poderosa, que si uno se propone...

Lo interrumpí: Cállate y sírreme otro vaso.

Ya no escribas más, Gabriel.

¿Por qué?

Te hace mal, mucho mal, mírate, ojeras, piel pálida. Saca la lengua.

La sacó.

La lengua también se ve mal. ¿No te gustaría escribir un ensayo en donde hablaras de cómo la literatura te arruinó la vida?

A mí no me la ha arruinado.

A mí sí. ¿Te conté que por años me dediqué a leer un libro tras otro?

No, nunca me dijiste.

Sí, de todo. Cuando uno se llena de ideas deja de tener los pies en la tierra.

No le echas la culpa a la literatura por tus problemas. Tú misma dices que los problemas están en tu cabeza.

Pero siempre se le puede echar más leña al fuego.

¿Te digo algo? Pareces un personaje de novela existencialista.

¿Tanto así?

Sí. A veces creo que estoy viviendo con un personaje.

Mírame, soy real. Toca mi piel, puedes sentir los huesos debajo.

Estiré el brazo para que lo tocara.

No necesito tocarte, Lucía. Ya sé que eres real.

No pareces darte cuenta. Tócame.

Empezó por la punta de los dedos y fue subiendo con lentitud palpando la piel y presionando para sentir la dureza de los huesos. Terminó en la muñeca.

Sí eres real, Lucía.

¿Cómo lo sabes?

Acabo de tocarte.

¿Y qué?, todo puede ser una ilusión. En las novelas los personajes también creen que son reales porque tienen piel y huesos y no por eso existen.

Deja de decir tonterías. A veces no sé si crees en lo que dices o no.

Yo tampoco. Me cuesta creer en algo por mucho tiempo.

Será por capricho intelectual.

No. Me toqué de nuevo la cabeza.

Ah, sí, la pobre cabeza y sus tribulaciones.

Sí, y por cierto. Abrí mi bolsa y saqué dos pastillas que me tomé con el último trago que había en la botella.

En cinco minutos la vida va a ser maravillosa, Gabriel. Deberías de intentarlo.

Lo haces para provocarme.

Cerré los ojos.

Mira mi cuerpo. Este momento es perfecto y mi alma también es perfecta y en mi cabeza todo funciona como se debe. Es como si en este instante me hubiera bendecido el mismísimo Dios.

¿Lucía? ¿Estás bien? Abre los ojos.

Déjame, estoy ocupada con Dios.

## Julio 14

Gabriel ya no estaba cuando desperté por la mañana. No me sorprendió la sensación de tener un agujero en el estómago porque es lo que sucedía después de llenar el vacío con remedios químicos. Es como una ley de la naturaleza: el vacío siempre busca la manera de volver a abrirse y de mantenerse abierto. Me sentía distante de todo lo que me rodeaba. Otra vez, pensé, y me vi en el espejo para comprobarlo. Sí, dije, otra vez.

Ya viene: la lenta aproximación del horror. Fui al baño y tomé todo lo que encontré. No importaba qué fuera. De cualquier forma el horror no tardaba y no había manera de desaparecerlo por completo.

Anduve vagando por la casa hasta que sonó el teléfono. Era Miriam. Dijo que llamaba a esas horas sabiendo que Gabriel ya se había ido. Quería saber si me causó un problema el otro día. Preguntaba si podía pasar a verme. Contesté que sí; la esperaría.

Llegó poco después, muy sonriente, disculpándose por la llamada inapropiada de ayer. Le dije que no se preocupara, y aunque se quedó esperando que le contara qué pasó, no dije nada. Pasamos a la sala, le ofrecí algo de beber y preguntó si podía servirle un trago de lo que fuera. ¿Tú no tomas?, preguntó. No, respondí. Anda, acompáñame con algo, dijo. Está bien, espérame un momento. Fui a la cocina y volví con un vaso de leche. ¿Un vaso de leche?, preguntó asombrada y luego rió. No puedo beber otra cosa, contesté.



Otra vez esperó una explicación. Creo que quieres decirme algo, le dije. ¿Por qué piensas eso?, preguntó. No sé, de otra manera a qué hubieras venido. Sí que eres desconfiada, Lucía. Me gustaría ser tu amiga, dijo, ¿no se puede? En ese momento sonó su teléfono; la llamada fue breve, Miriam colgó y dijo que la necesitaban para una reunión de último minuto en el trabajo. Veámonos hoy, propuso, comamos juntas. Estuve de acuerdo. Bebió de un trago la copa y se despidió de mí besándome en la mejilla. Me quedé sentada en el sillón, terminando el vaso de leche.

Ya sabía lo que tramaba Miriam. Suponía que detrás de ella estaba Gabriel, pero no me importó porque aceptaba el rumbo que debían llevar las cosas. Aunque también existía la posibilidad de que nada fuera como yo pensaba y de que otra vez estuviera cayendo en falsas percepciones, pero incluso así aceptaba las cosas como tuvieran que ser.

Más tarde me arreglé y salí caminando hacia el lugar donde iba a verme con Miriam. Cuando estuve a unos pasos de la puerta del restaurante vi a un hombre paseando en bicicleta y no pude quitarle la vista de encima. No fue sino unas calles después que me di cuenta que había dejado atrás el restaurante. Incluso corrí detrás del hombre hasta que no pude más y me detuve para tomar aire. No podía pensar claramente, la imagen del hombre en bicicleta me llenaba la cabeza. Vi cruzando la calle una cafetería con mesas en la banqueta y me senté ahí. Pedí un café y traté de tranquilizarme. Creo que me perturbó la visión de sus piernas dobladas subiendo y bajando al pedalear. La posición extraña del cuerpo montado en el artefacto metálico. Pero eran las piernas sobre todo: arriba abajo, arriba abajo. Todo ello me ocasionó una extrañeza que me hacía estremecerme.

Para alejar ese pensamiento empecé a observar a los transeúntes. No pude evitarlo y de nuevo centré mi atención en las piernas. Me preguntaba cómo podían actuar con tanta naturalidad teniendo ese par de extremidades que había que levantar ligeramente para transportar al resto del cuerpo. Huesos revestidos de carne accionados por un mecanismo sofisticado. Pasó una mujer con medias transparentes y zapatos negros de tacón. Un hombre con pantalón oscuro. Piernas que subían y bajaban. No comprendía por qué me afectaban tanto. Las veía como si formaran parte de un espectáculo grotesco representado solamente para mí. Trataba de convencerme de que sólo eran estructuras biológicas inofensivas, pero mi mente se había disparado y ya no podía controlarla. Pensaba en resortes, tuercas, poleas, moviéndose con sigilo dentro de las piernas. Pensaba en la sangre, los huesos, los músculos, formando una masa a la que se le debía dar el nombre de pierna. Apartaba mi vista de la calle y veía mis piernas por unos segundos. Sólo unos segundos. No lo soportaba más tiempo.

No era capaz de comprender mis piernas. Creo que ahí residía el problema. Mi cuerpo, no sólo mis piernas, era una estructura que mi mente no estaba en posibilidades de entender porque lo captaba como un objeto extraño. Recordé que a veces me encontraba en los libros figuras geométricas que me llenaban de miedo. Los círculos y los triángulos me hacían temblar. Líneas inofensivas que se doblaban o curvaban y tomaban diferentes nombres para tratar de hacer comprensible el abstracto, pero que a mí me ponían frente a un nuevo terror.

Algo ha sucedido en mi mente, no puedo decir qué porque yo misma no lo sé; una desconexión tal vez, que me hace sentir todo lo que me rodea ajeno, lejano, como si hubiera caído en un mundo desconocido donde todas las cosas son peligrosas e incomprensibles.

Me siento constantemente amenazada por los objetos. Ojalá pudiera ser capaz de describir cuán terrorífica puede ser una lámpara, una cuchara o un cuerpo común y corriente caminando por la calle. Un terror impregnado en el mundo y un puñado de pastillas no puede anularlo, acaso sólo disolverlo un poco.

## Julio 15

No he podido salir de casa.

Miriam llamó por la mañana y le dije que me había sentido mal. Sugirió que volviéramos a vemos y respondí que luego veríamos eso, cuando me sintiera mejor. De seguro pensó que era un pretexto.

Anoche, cuando nos acostamos, Gabriel me quiso tomar de la mano y yo me aparté asustada como si se me hubiera acercado un animal extraño. Preguntó qué me pasaba y le dije que me dio miedo. Quiso volver a tocarme y tuve que decirle que mejor no, que me sentía nerviosa. ¿Y eso qué tiene que ver?, dijo. Pero me di vuelta y le contesté que era tarde.

Ahora Gabriel se ha despertado preocupado y dice que quiere hablar conmigo. Le he dicho que se guarde sus discursos. No sé por qué me ha visto tan lastimeramente y me lo ha pedido por favor. Tuve que decirle que sí, que hablaremos cuando vuelva del trabajo. Civilizadamente, dijo antes de salir por la puerta.

Todo el día lo he pasado en medio de alucinaciones minúsculas, como sombras que se mueven rápidamente ante mis ojos o susurros incomprensibles. Trato de mantener la cordura no perdiendo de vista que todo esto que sucede es producto de mi imaginación y no existe. Confieso que cada vez me cuesta más esfuerzo saber qué es lo que existe y lo que no. Por ejemplo, alguien estuvo tocando la puerta por mucho tiempo y no quise abrir porque decidí que eso era una alucinación. Ahora ya no estoy tan segura. Es decir, no era una alucinación, sino un hombre que venía a entregar una caja de libros para Gabriel.

He estado pegada a la ventana mirando lo que pasa afuera, tratando de acostumbrarme al mundo, diciéndome que todo lo que sucede es normal: el paso de los automóviles por la calle, la gente, los árboles a lo largo de la avenida. Hasta cierto punto lo he logrado con ayuda de una botella de licor que me encontré en el estudio de Gabriel. Puedo aceptarlo. He conseguido salir al jardín y permanecer ahí cerca de diez minutos.

Acepto que tengo que vivir en medio de seres y objetos a los que debo ver desde el ángulo adecuado o con el pensamiento correcto para no sucumbir ante ellos. Pensar en un árbol solamente como un árbol. Cortarle el paso a las ideas para que no hagan cirugías extravagantes a la palabra o al objeto árbol. Todo se trata de controlar el pensamiento. Obligarlo a.

Por la tarde llegó Gabriel, más temprano que de costumbre, y me pidió que saliéramos a comer. Acepté porque me sentía más repuesta. Llegamos a uno de sus restaurantes favoritos. Nos sentamos; ordenó dos copas de vino. Todo iba muy bien hasta que vi en la pared de enfrente una fotografía de una pareja. Eran un hombre y una mujer comunes y corrientes mirando hacia la cámara. Ella llevaba un sombrero de paja y sonreía discretamente; él sostenía un cigarro apagado en la boca. Eso era todo pero me produjo una incomodidad insoportable. Sus ojos, el gesto de las

bocas, la manera de mirar. Los cabellos dorados de ella, también, cayendo en rizos. Habría querido cambiar de mesa pero eso significaba tener que explicarle a Gabriel por qué. Traté de no ver la fotografía. Fue difícil porque sabía que ahí estaba y que con sólo elevar un poco mis ojos iba a encontrármela. Sin embargo, unos minutos después mi preocupación era otra. Ocurrió cuando Gabriel se llevó la copa de vino a los labios. No sabría decir cómo sucedió. Vi abrirse su boca y mi mente se perdió. Ya no pensaba en Gabriel persona sino en Gabriel cuerpo. Imaginaba lo que estaba pasando dentro de su cuerpo; en el sorbo de vino tinto que hacía un recorrido desde su boca hasta llegar a la bolsa del estómago. Mordió un trozo de pan y no podía prestar atención a lo que me contaba. Quería escuchar el ruido que hacían los dientes al despedazar la masa. Veía pulsiones dentro de él. Un cuerpo lleno de bolsas de distintos tamaños y con diferentes funciones que se ocultaban ante mis ojos. Túneles por donde circulaban torrentes. Deseaba volver a la piel, a la superficie, pero mi mente estaba atrapada. Hay que ver más allá, decía. Tienes que conocer a Gabriel como realmente es. Sus pensamientos son nada si no sabes cómo es la masa gelatinosa de su cerebro. Nada si no exploras la bomba de su corazón. Tienes que ver cómo fluye su sangre y la manera en que se arma el rompecabezas de su estructura ósea para saber quién es Gabriel.

Lucía.

Me tocó un brazo, pero no con un dedo normal sino con el esqueleto al descubierto. Me sobresalté.

¿Qué tienes?

Alcancé a ver un trozo de su lengua reptando dentro de la boca.

No tengo nada.

Estás pálida.

Me veían fijamente sus ojos. Los globos insertados dentro de dos huecos en su cara.

¿Qué tienes?

Nada.

¿Quieres que pidamos la comida?

Mejor no. Preferiría más vino.

Pero si no has tocado tu copa.

La agarré y la vacié de un trago. Gabriel llamó al mesero y pidió que llenara las copas.

Quería hablarte de algo, Lucía.

¿Te parece rara la nariz?

¿Cómo?

Sí, tener una protuberancia en la cara.

No sabía qué decir.

¿La nariz?

Sí, o los dedos, por ejemplo.

El mesero se acercó a la mesa. Vi cómo rodeaba la botella con sus artefactos alargados. Miré, instintivamente, mis dedos. Como si lo pensara por primera vez, pero no era así, caí en cuenta de que yo también tenía un cuerpo: huesos, bolsas orgánicas, músculos, órganos viscosos. Me paré y dije que iba al baño. Caminé aparentando tranquilidad, pero lo que quería era correr y estar lo más pronto posible frente a un espejo.

Cerré la puerta y puse el seguro. Me paré delante del espejo, con miedo, temblando, y empecé a observarme sin mirarme a los ojos. Eso que veía era la mitad de mi cuerpo. Conocía sólo la mitad de mí. ¿Cómo podía decir que me pertenecía mi cuerpo si nunca había visto dentro de él? ¿Cómo podía saber quién era yo si había una parte de mí, tangible, a la que jamás iba a acceder? Me parecía terrible no conocer todo mi cuerpo. Vivir por años a través de un organismo que era mío y a la vez no.

Me senté en la silla que estaba al lado del tocador. Puse la punta de mi dedo índice contra mi cabeza. Sentí la dureza del hueso, la piel como una barrera que advierte que de ahí no se ha de pasar. Lo que sigue está vedado. Eres tú pero no hagas preguntas.

Mi cuerpo no era mío. Volví a ponerme frente al espejo; esa vez sí me vi a los ojos. Lo supe: ese cuerpo no me pertenecía. Yo no era él. Me tenía atrapada entre la sangre, los circuitos de las venas, los aparatos funcionando adentro como una máquina bien aceiteada, la piel ocultando todo. De ninguna manera era yo.

Me habría gustado irme de ahí, pero regresé a la mesa antes de que Gabriel se inquietara. Me miró de una forma extraña, como a una desconocida.

¿Qué te pasó?

Una confusión pasajera.

Tomé la copa de vino y la vacié.

¿De qué querías hablarme?

¿Estás bien?

¿De eso querías hablarme?

No, pero no te veo bien.

Pide más vino, con eso se me pasará.

Gabriel dudó un momento antes de alzar su mano para llamar al mesero.

¿Qué decías de la nariz?

Me molestaban las narices hace rato, ya no. De cualquier forma no las menciones. Tampoco quiero saber de qué querías hablarme, de seguro es algo serio y no me interesa. No me mires así.

¿Cómo?

Con esa cara de perro apaleado.

Me desconciertas. Primero estás bien y luego actúas como una loca.

Uno no puede hacer una pregunta extraña porque luego creen que está trastornado.

No es eso, Lucía.

Sí, es eso. Y una cosa más, deja de mandar a Miriam conmigo. No sé qué te propones.

¿A Miriam?

Sí.

¿Qué tiene que ver Miriam en todo esto?

Eso es algo que sólo tú sabes.

El mesero se acercó con la botella de vino y llenó las copas.

Lucía, escúchame, tranquilízate.

No me llames Lucía.

¿Por qué no? Así te llamas.

Ya sé cómo me llamo, pero no quiero que lo digas, me molesta.

No te entiendo.

Mi nombre me provoca urticaria existencial. ¿Eso querías oír?

No exactamente.

Entonces qué.

Me gustaría poder comprenderte.

Es fácil, lo que pasa es que a los escritores les parece más interesante lo que no pueden comprender y de paso que nadie los comprenda a ellos. Claro que esto último es más deseable. Te dije que no quería que me vieras así.

Acercó una mano por encima de la mesa con intención de tomar la mía.

Ni se te ocurra tocarme.

Su brazo quedó paralizado como un tronco.

¿Se puede saber qué demonios te sucede?

No me gusta la apariencia de tu mano y no pongas esa cara, tú preguntaste.

¿Qué tiene mi mano?

La vi fijamente por unos segundos.

Está demasiado oculta.

¿Demasiado oculta?

Sí, por la piel.

Dios mío, Lucía. Si tan sólo supiera que te estás burlando de mí, pero no, crees en todas esas tonterías.

No son tonterías.

Tenemos que buscar a un doctor y...

No.

Sí, esto no puede seguir así.

Cállate. Dije que no. Entiéndelo de una vez.

Se quedó abatido mirando su mano.

Dime, ¿qué hay de malo con mi mano?

Si te digo puedes correr el riesgo de que tu cabeza ex.

No seas ridícula.

No puedes entenderlo, Gabriel.

Dime, me gustaría saber qué es lo que piensas.

Pienso que no te conozco.

Nadie conoce al otro por completo.

No, no es tan fácil. Tú tampoco te conoces a ti mismo. Claro, uno pasa toda la vida tratando de conocerse. No, tampoco es eso.

¿Ah, no?

No, tiene que ver con los huesos, la sangre, los músculos.

Gabriel seguía viendo su mano y había dejado de prestarme atención. Se acercó el mesero y preguntó si se nos ofrecía algo más. Pedí que llenara las copas.

Gabriel, deja de verte la mano, no vas a entenderlo.

Se me quedó mirando. El mesero volvió con la botella.

Tengo cáncer.

El mesero alcanzó a escuchar y se apresuró a terminar de servir el vino. Le temblaban las manos.

Deje la botella.

Antes de dar la vuelta para irse le dedicó una discreta mirada de piedad a Gabriel.

¿Qué dijiste?

Tengo cáncer. Me voy a morir.

¿Cuándo lo supiste?

Hace unos días.

¿No hay esperanzas?

No.

¿Dónde está?

En los pulmones.

Lo siento mucho, Gabriel.

No lo sientes, no eres capaz de sentir nada por nadie.

¿En los pulmones?

No contestó. Me quedé viendo su pecho, imaginando los pulmones atacados por células malignas y el cuerpo tratando de resistir pero poco a poco debilitándose. ¿Ahora qué era Gabriel? ¿Una enfermedad?

Lucía...

Lo siento mucho, Gabriel. Ten, vacía la copa.

Todo lo quieres solucionar con alcohol.

¿Prefieres que te lleve a una iglesia?

Quiero que dejes de ser una hija de puta.

No puedo.

¿Ni siquiera porque me voy a morir?

## Julio 16

Nada es diferente.

Gabriel continúa yendo a su trabajo y no me deja acompañarlo a ver al doctor, lo cual le agradezco silenciosamente. No le ha avisado a su madre ni a su hermana de su enfermedad. Dice que prefiere evitarles el sufrimiento y también se lo agradezco silenciosamente pues de otra manera ya estaría aquí la mamá cuidando con esmero y lágrimas al hijo.

Gabriel sigue encerrándose por las noches en su estudio. Debe querer terminar lo que está escribiendo antes de que sea tarde. Tal vez consiga que lo lean por piedad. A todos les gustan las tragedias.

Un día de estos me encontré a Miriam en la calle, aunque más bien creo que me seguía. Me tomó del brazo y dijo que ahora sí nos tomaríamos ese café. Después de unos minutos de

conversación supe que Miriam aún sentía rencor contra Gabriel y quería vengarse de él. Pensó que yo podría ayudarlo porque en la fiesta del escritor creyó percibir que él a mí me era indiferente.

¿Fue tan grave lo que te hizo?

Sí, me dejó en ridículo frente a muchos escritores contando pequeñas infidelidades mías sin importancia. Durante meses viví rodeada de chismes. Los hombres no se me acercaban. Todavía ahora percibo el cuchicheo cuando entro en algún lugar.

No creo que haya sido su intención hacerte mal.

Qué me importan sus intenciones.

Tal vez no sea buena idea hacer algo.

¿Por qué?

De cierta manera Gabriel ya está recibiendo su castigo-

¿Qué quieres decir con eso?

Dudé. No sabía si era adecuado contarle.

Dímelo, ¿no ves que mi salud mental depende de eso?

Gabriel tiene cáncer.

¿Cáncer?

Sí.

Miriam soltó una carcajada.

No me parece justo que te rías.

No me malinterpretes, Lucía. Además, para mí esa no sería una venganza de la que pudiera jactarme. Me río porque no es la primera vez que inventa estar enfermo para lograr sus propósitos.

¿No me crees?

No sé.

Debes importarle bastante como para inventarse una enfermedad.

¿Qué quieres hacerle?

¿Me ayudarás?

No.

¿Ni siquiera porque lo he desenmascarado?

Todavía no he dicho que te creo.

¿Y si descubres que te ha mentado, me ayudarás?

Tampoco.

¿Acaso lo amas?

No.

¿Entonces qué pasa?

Tengo mis propios planes.

## Julio 17

No le conté a Gabriel de mi encuentro con Miriam ni lo que ella me reveló. A decir verdad no me interesa comprobar si Gabriel tiene o no cáncer. Le doy la razón cuando me ha reprochado ser fría, pero eso pasa porque soy incapaz de sentir nada por nadie. No está contemplado en las funciones

de mi cerebro. Demasiadas averías dentro de él. Demasiado tarde para repararlas. O tal vez no deseo que sean reparadas. Tal vez estoy cansada y ya no quiero nada. La gente cree que uno tiene derecho a sentirse fatigado, sentarse un rato y volver a caminar, pero no a quedarse echado al lado del camino. Uno está obligado a levantarse. Yo no quiero ni lo haré.

No soporto la vida sin sedantes. Todo me hace mal, el sol, las puertas, los teléfonos. Gabriel y su cara de muerte inminente, o falsa muerte inminente. Hace días me dijo que quería hacer unas cuantas cosas antes de morir: visitar a su madre, nadar en el mar, acabar su libro. Me pidió que lo acompañara y le dije que sí, sabiendo que nada de eso sucederá, que ya no tengo tiempo.

## **Julio 18**

Gabriel dice que parecería que los dos estamos desahuciados. No sabe cuánta verdad hay en ello.

## **Julio 20**

Miriam llamó a casa. Gabriel contestó y se armó un escándalo porque ella le dijo que le parecía muy mal que fingiera tener cáncer para atarme a su lado. Gabriel estrelló el teléfono contra el piso, luego estuvo buscándome a gritos por toda la casa. Quería saber si yo también pensaba lo mismo que Miriam de su enfermedad. Yo no sé nada, contesté, y no me importa si estás fingiendo o no. Esto es el colmo, dijo, y me lanzó un puñetazo. Caí al suelo. No me ayudó a levantarme ni se calmó su furia cuando me vio a los ojos. Es algo que debí haber hecho hace mucho, dijo. Sigue sin importarme que seas un fraude, respondí. Volvió a golpearme y caí de nuevo al suelo. Me levanté y lo vi otra vez a los ojos; creo que cruzó por ellos una leve chispa de arrepentimiento. Nunca pensé que llegaríamos a esto, dijo. Yo lo esperaba todo el tiempo, contesté.

## **Julio 25**

Al día siguiente Gabriel me lanzó a la cara los exámenes médicos. No pude verlos porque tenía los ojos hinchados. Los guardaré, dijo, para cuando puedas leerlos. De nuevo le dije que no me interesaba si estaba enfermo o no. Aunque no lo vi supe que se quedó un momento parado al lado de la puerta. Supe que quiso decir algo que volviera a poner las cosas en su lugar y no encontró las palabras adecuadas. Supe que era un pobre diablo irrescatable.

## **Julio 26**

Cuando estábamos sentados a la mesa Gabriel dijo que no volvería al trabajo y me anunció que nos quedaríamos los dos en casa; no era necesario que ninguno saliera. No respondí nada. ¿Estás de acuerdo?, preguntó. Sí, dije. Pareció asombrado. ¿De verdad quieres quedarte conmigo? Sí, contesté. Me miró como si tratara de entrar en mis pensamientos para descubrir dónde puse la



trampa. Y yo pensé, ¿quieres atraparme a toda costa?, ahora verás. Lo miré sin mala intención: ¿Cuándo vas a morirme?

Se levantó de la mesa y no ha vuelto a dirigirme la palabra en todo el día.

## **Julio 27**

No lo conseguí. No pude detener la bomba.

Comprendo que he llegado demasiado lejos aun sabiendo que no podía hacerse nada.

## **Julio 28**

Yo sé que Gabriel lo hizo para joderme.

Se acercó a la sala con un libro entre las manos y leyó: Si un sistema puede demostrar que es consistente a partir de sí mismo, entonces es inconsistente.

Cerró el libro y el muy hijo de puta me dejó naufragando en el vacío.

## **Julio 29**

Todas las cosas son irreales. Ya no controlo este corto circuito en mi cabeza que hace que no pueda ver o sentir las cosas como son de verdad. Estoy atrapada en una ilusión. Dudo de mí, del mundo, de los demás. Es como si viviera en una dimensión creada por mi cabeza y no sé de qué forma salir de ella. Mi mente no conoce una manera segura de acercarse a los objetos ni a mí misma.

Estoy a punto de traspasar todo lo que me rodea.

## **Julio 30**

Me he visto en un espejo por última vez. Me acerqué lentamente y miré mi cuerpo como para saludarlo. Ver mi cara ha sido como si caminara por la calle y de pronto se acercara hacia mí una persona que me resulta vagamente conocida, pero no me bastan esos cuantos segundos en que se cruza conmigo para reconocerla.

Me observé por un buen tiempo sin pensar en nada que no fuera mi nombre. Veía mi nariz y pensaba Lucía. Mi boca: Lucía. Las mejillas: Lucía. El cabello: Lucía. Mi cuerpo completo: Lucía. Mi calavera: Lucía. Pero mi nombre no soy yo.

Traté de obtener alguna información del tamaño de mis ojos, el grosor de los labios, el largo de mis cabellos. Algo que me dijera dónde estoy o por qué en ninguno de esos rasgos encuentro el suspiro de alivio de mi identidad. Pero es inútil. Estoy perdida. Y no sólo eso, mi yo se desplaza desorientado de un lado a otro. Unos días antes he sentido ser una pequeña escultura de una mujer china que hallé en un cajón. La vi con su manto, sus cabellos recogidos, los ojos rasgados y me he sentido ella, atrapada en su inmovilidad, vaciada en la rigidez de su cuerpo. Todo esto duró unas horas, mientras mi cabeza no supo rechazar el estado de ilusión.

Terminé de ver mi rostro que nunca me dijo nada, me alejé del espejo y le sonreí a mi cuerpo para despedirme de él para siempre.

## **Agosto 1**

Hojeo revistas de vez en cuando para pasar las horas. Veo fotografías de gente al lado de otra gente, sonriendo, conversando. Por ejemplo, he visto a una pareja sentada en una mesa y los dos parecen muy cómodos con la compañía del otro. Observé la fotografía preguntándome de qué hablarán, por qué se sonríen. Toda mi vida me pregunté qué demonios se dice la gente. Yo también quería, como ellos, necesitar decir algo. ¿Pero qué si todo sobra?

## **Agosto 2**

Estoy triste de una manera incompleta.

No hay conexión entre la palabra y la emoción.

No soy un ser humano.

## **Agosto 3**

De un momento a otro Gabriel explotará y por fin acabará todo. Deja los frascos de pastillas a la vista. Las recetas médicas. A veces se queda en cama todo el día. Busca la manera de confirmarme su enfermedad. Tengo que aceptar que se ve pálido, pero si alguien me preguntara si de verdad está enfermo yo alzaría los hombros.

Ha sacado su vieja máquina de escribir y todo el día se oye el golpeteo de las teclas. Se ha convertido por completo en un hombre desesperado. A veces toco la puerta de su estudio y le dejo en el piso un café o un plato de comida. A veces creo que me busca y quiere decirme algo pero no se atreve. Estoy segura de que ahora comprende que el puente está roto.

Tengo todo previsto. Mañana me levantaré, iré a tocar la puerta de su estudio y le diré que pase a la mesa para desayunar. Se asombrará por mi atención y saldrá ligeramente animado del estudio. Los platos estarán servidos. Una vez que esté sentado a la mesa le preguntaré por lo que escribe y tal vez fruncirá el ceño y subirá la guardia. Creo que dirá que si para qué quiero saber y contestaré que porque he escuchado que no para de usar la máquina. ¿Nada más?, preguntaré. Y diré que también quería hacerle conversación. A ti no te interesa lo que escribo, dirá, o algo así. Y tendré que responderle que es cierto. Lo más seguro es que se levante enojado de su silla y vaya a encerrarse de nuevo en el estudio. Gritaré, no tocaste tu desayuno y no habrá respuesta.

Sacaré los cuchillos de todos los cajones de la cocina, elegiré los más afilados y los demás los tiraré a la basura. Después andaré por la casa acomodándolos en lugares estratégicos y visibles. Cuando se llegue la hora de la comida iré de nuevo a tocar la puerta del estudio y le diré a Gabriel que es hora de comer. Lo más probable es que se niegue a salir; sólo escucharé el golpeteo de la máquina.

Por la noche saldrá sin que vaya a buscarlo. Yo estaré en la sala, bebiendo un poco, a oscuras. Vendrá porque querrá saber qué hago y si estoy bien. En cuanto vea su sombra acercarse le pediré que se siente conmigo un momento y dirá qué quieres. Tu compañía, contestaré. Se sentará sin ganas y le serviré un trago. Lo rechazará porque dirá que sus medicinas, los efectos secundarios, y yo le responderé que está bien. Nos quedaremos un momento en silencio y diré, anda, acompáñame, tú y yo sabemos que no estás enfermo. Los dos sabemos que eres un fraude. Tampoco eres escritor. Te pasas el día tecleando basura, y si alguien te lee después de muerto se dará cuenta de que lo mediocre que fuiste. Ya para ese entonces me habrá pedido que me calle y estará hecho una furia. Yo seguiré hablando. Trataré de callarme, tal vez me golpee, correré hacia su estudio y romperé algunas hojas de las que apila al lado de la máquina de escribir. Me sacará a rastras del cuarto y me insultará; no podrá creer cuánto se equivocó conmigo, se lamentará de conocerme. Le diré lo que siempre he pensado de él, que es un pobre diablo, que desde que lo vi en el teatro le tuve lástima y la sigo teniendo hasta ahora. Ya para ese entonces estaremos en la habitación a donde él me habrá llevado para que los vecinos no escuchen los gritos. Cerrará la puerta. Le escupiré y volveré a repetirle que es un fraude. Le diré, ojalá que de verdad estés enfermo para que te mueras pronto.

No estoy segura de qué pasará después, pero sé que en algún momento no va a resistirlo. Sé que su mirada se encontrará con alguno de los cuchillos. Sé que me odiará tanto que no lo pensará dos veces.

## **Epílogo**

*Suicidados, desesperados, y ustedes, torturados del cuerpo y del alma, pierdan toda esperanza. No hay más alivio, para ustedes, en este mundo. El mundo vive de sus osarios.*

*Y ustedes, locos lúcidos, cancerosos, meningíticos crónicos, son unos incomprendidos. Hay un punto en ustedes que ningún médico jamás comprenderá, y es ese punto para mí el que los salva y vuelve augustos, puros, maravillosos: están fuera de la vida, están por encima de la vida, tienen males que el hombre común no conoce, sobrepasan el nivel normal y es por eso que los hombres son rigurosos con ustedes, envenenan su quietud, son disolventes de su estabilidad. Tienen dolores irreprimibles cuya esencia consiste en ser inadaptable a ningún estado conocido, inajustable en las palabras. Tienen dolores repetidos y fugaces, dolores insolubles, dolores del pensamiento, dolores que no están ni en el cuerpo ni en el alma, pero que participan de los dos. Y yo participo de sus males, y les pregunto: ¿quién se atrevería a medimos el calmante? En nombre de qué claridad superior, alma de nosotros mismos, nosotros que estamos en la raíz misma del conocimiento y de la claridad. Y esto por nuestras instancias, por nuestra insistencia en sufrir. Nosotros a quienes el dolor ha hecho viajar en nuestra alma en busca de un lugar de calma donde asirse, en busca de la estabilidad en el mal como los otros en el bien. No estamos locos, somos maravillosos médicos, conocemos la dosificación del alma, de la sensibilidad, de la médula, y del pensamiento. Es preciso dejamos en paz, es preciso dejar la paz a los enfermos, nada pedimos a los hombres, no les pedimos sino el alivio de nuestros males. Hemos evaluado bien nuestra vida, sabemos lo que ella comporta de restricciones frente a los otros, y sobre todo frente a nosotros mismos. Sabemos hasta qué deformación consentida, hasta qué renunciamiento de nosotros mismos, hasta qué parálisis de sutilezas nuestro mal nos obliga cada día.*

*No nos suicidamos todavía. Entretanto, que se nos deje en paz.*

Fragmento de Seguridad general. La liquidación del opio.

Antonin Artaud.